

STUDIO FILMS - BARCELONA

HUMANIDAD

Novela cinematográfica
basada en la película
del mismo título sobre
el argumento de -

S. ARDEVAL

FOR

M. ABEL



ILUSTRADA CON 42 FOTOGRAFADOS



PRECIO: 0'25 PTAS.

IMPRESA LA INDUSTRIA - MORRAL & C.^o
PASEO. 7 Y 9 ***** TARRASA

STUDIO FILMS

HUMANIDAD

NOVELA CINEMATOGRAFICA

BASEADA EN LA PELICULA DEL MISMO
TITULO, SOBRE EL ARGUMENTO DE

S. ARDEVAL.



IMPRESA LA INDUSTRIA - MORRAL & C.^o
— PASTO, 7 Y U. - TARRAZA —



INTRODUCCIÓN

1

La armonía en la vida de la sociedad humana

La precavida urbe se envuelve de la noche en el rápido instante, cuyas negras vericillas infinitos puntos luminosos

De la agitación fibril cesó el imperio y el obrero se retira en busca de descanso

La impetuosa aglomeración de gentes en las grandes vías se aclara. Dama elegantemente ataviada, cuya belleza deslumbró como el caballete de los brillantes de sus joyas, cruzó en lujosos carruajes por la hermosa plaza.

De vez en cuando, de las cavatas del pecho anfractuoso en que la ciudad se asienta, entre puntos luminosos que vibran simétricos y que denuncian suntuosos palacios de yátires y goces, refleja potente disco de agudo rayo que se quiebra entre torres y azoteas, inundando de luz las vías hasta prodarse en lo sombrío del mar que, iracundo, murmura como protestando, quizás, de lo impertinente y descarado del rayo luminoso que fulgorea insolente en la tranquilidad de la noche

Corriendo la línea poligonal de la gran ciudad, destácanse, alineadas, a modo de colinas gigantescas, colosales estínges que dan el ciento, con valdud y gentileza, sus iracundas cabelleras; a sus pies se agitan, en rotatorios movimientos poderosos volantes, que regulan impertinentes los generadores de luz que en la urbe poseen y facilitan el vivir de las gentes que velan...

Y... iluminando el contorno, como centela del mar, álzase la tenebrosa intaleza secular penumbra que si no guarda opaca recuerdos, encierra misterios de la vida de los hombres, gritos de dolor, ayes de muerte, miserias de la política, dejos de anárgas...

Y desde sus armadas espilleras, en lo silencioso de la noche, pasan a nuestra vista grandes señoriales palacios, en cuyos deslumbrantes salones se reúne la flor de la gracia, de la belleza y de la elegancia; y podríamos ver junto al bizarro militar al plutócrata y al poeta, al industrial y al banquero con los gentes de las artes, todos en honesta y exquisita recepción; pero a la que no

lega, quizás, el eco lastimero de los que agonizan en la miseria de los que sufren de abandono.

En algunas elegantes esballems, desentadas señoras y una juventud alegre y frívola hablan, seguramente, de la hamaca que hace estallar el mundo,

de los acontecimientos políticos del día, de la moda del lujo... Y, entre pláticas y galantes aforismos, acaso surgen las grandes iniciativas de las gentes adineradas, y, a un lado de sport, sigue la de la expresión y propaganda de agremiaciones ideas para la fundación de centros o instituciones que han de acabar con la miseria, con la tuberculosis, con el abandono de la niñez, con la indiferencia religiosa, con el alcoholismo, con el jerga, con la trata de blancos, hasta con la indolente vivencia del pobre, con todas esas plagas generadoras, o elementos de generación, de esos afectos, a los ojos de quien los tolera, si no los fomenta.

Y, agitando, convulsionando la línea de que el temido de la nuestra hamaca se acerca y de una combata con recursos cotiza todas las males de la sociedad, que, desgraciadamente aumentan de día en día, sin que lleguen a

ser el resultado de tan prodigiosas iniciativas, si no es en el sostenimiento de allegados y favoritos, parásitos sociales, zánganos de la colmena humana, en cuya inercia e insignificancia acaban todas las iniciativas e ideas, todas las grandes obras que no sirvieron, menos la de la mujer gruesa que se agranda como la gata de los que en ella ha de apurar el desvalido.

Más allá, confortables salones de grandes casinos pudieran testimoniar la geneas de dolorosas escenas de familia. Más cerca, *music-halls* y *cafés* que aborrecen el refinamiento de todas las concupiscencias y desprecian a la ley moral....

Y entre salas de juego y oficinas mercantiles, tabernas y tugurios con sus gacchos irresponsables para las lindas infanzones que dirigen madres y buscovidas profesionales, vese correr un torrente de amores fugidos, de besos que se venden y bebitas que se arriestran.



Entre luces mortecinas descansan los barrios de obreros que reposan sus fuerzas, para recomenzar a la mañana el natural vivir de una vida de hombres, de paz y de engrandecimiento.

Y si con la vista, atalizada con la luz de los faroles, observamos las calles estrechas y lúbricas más o menos iluminadas en la ciudad, tropezaremos con innumerables seres míserimos, espuma de la sociedad, sedimento del conglomerado humano, que muestran a compasión y demandan insistentemente, la protección de una humanidad culta, moralizada y metódica; la orientación de hombres de trabajo, la atención de una sociedad consciente de su obra.

Y a nuestros pies, a modo de adorno ornamento del monte marino se distinguen como madrigueras y guaridas, entre troncos y astillas podridas guardaceldas de pedruzcos de lata, nichosos y púgros asqueantes; de piezas desluzadas de muchiles que fueran, covachas intruidas; más cerca, cocherizas y tabernas intruidas y hediondas; cocinas, sin aire y sin luz....

Si penetra en ellas siempre con la imaginación y en un momento de sentimiento humano, aterrizará vuestro ánimo la mujer.... la forma de mujer, anciana o envejecida, depauperada, exangüe el mochejo que tira de hilo y de hambre se tiende y de abandono.... hambriento, cuando de alcoras y de miseria que tiende su cuerpo sobre el húmedo suelo y refina su cabeza sobre las piernas de la mujer siciliana.... Encovido, catascado, como reptil en letargo, famélico, con el único resto de vida que le presta sus tareas, más que su sangre, otro niño enfermo, demorado, busca el calor posible en el vientre del compañero de desdichas; y, más allá, una niña se arrebaja también, como puerca, al calor de las piernas del rolega. En tanto corren una mocha que



jamás pudo decir madre! Se formó entre, el calor de una curceta comprada por unas pesetas, una carrera de cocas, una orna con champagne u unas pibas mal imitadas, muestra su cabecita desgreñada, sus ojos azules apagados, sus labios cárdenos, sus pies desnutridos, porcosos la lengua, secas las fauces. Su cuerpo se cubre con trapajos; se aburrea, nichosa, contra la

espaldas de la vieja. Un temblor general sacude su cuerpo, y una sonrisa amarga os revela el estado de su alma.

Y ahí, otro cuadro de más subidos colores.

El vicio hace resaltar su imprimio en trozo de miseria, y, en contrabando infamante, viven mezclados los sexes, invertidos a veces, horriblemente y en terrible desconocimiento delito de abandono social de que cada es responsable la humanidad indiferente y ciega....

En todo esa acusación de una vida de desorden, grito de inconformidad brutal, de cómpula y bulirio en las grandes ciudades. Es la significación formal de una sociedad viciada: animal, injusta consigo misma; ciega ante sus debilidades e indiferente con sus propias miserias.

Y he aquí que, en todo este sedaval, se halla un vivero de vicios, de crímenes y de vergüenzas sociales, pérmomas patológicas de toda faga hedionda, vergüenza, impropia de la grandeza del hombre; en pugna con la excelencia del ser proficiente del Artillo Supremo.

Si registramos una a una las varias incomprensibles guardias en que se ven tantos desdichados, encontraremos, entre ellos, alguna de singulares particularidades, ejemplos especiales de inhumanidad, casos típicos de manifiesta inhumanidad, ejemplos de desaparición mendigos, criadero de Rinconetes y Cortadillos, semilla del mal, germinación del vicio, escuela de Mampodios, cátedra de patigueros explotadores ociosos de la caridad pública, de los que, en sociedad equívoca, mandan y fornicen inconsciente parte de unos gentes, más que escitíficos, escitíficos.

II

Visita personal

Imaginamos que visitamos una especie de chana formada por un ráncil de arenosa, un techo en fardos, de cuyo plano sobresalen uno de los lados descansa en el suelo que este plano lo forman pedruzcos de tabla y de siseas esteras, recubierta de tierra y de piedras, constituyendo un todo, que si no permite el paso del aire, filtra despidiendo cómodamente la humedad; que, al fondo, quien se jense ver un testero triangular, también de trozos de tablas de rajas que parece que hubieron de ser de embudo y que precocitan platos invertidos, cuyos intersticios rellenan varios andrajos; que en calidad de puerta deitao pedazos de carceles teatrales superpuestos, que despiden el pestilente olor propio del papel y de la cola, húmedos por el resaca de la noche.

Desigual y torroso el suelo hallase cubierto de algo como paja y estiercol; en el centro yense unas piedras quemadas por el fuego, desolando que allí ha podido arder algo quizás para desentumecer los miedos en las ámbrosas noches de heladas y ventisqueros.

Y todo despidió un hedor nauseabundo, en el que se siente el de la carne humana sucia, el de paja quemada, el de restos de almidos y verduras en descomposición; es pasto, es fía, que oído el sentido, como la consideración del cuadro aquel de miseria oraciona y contrasta, enternace y conmueve el espíritu mejor templado al corazón más partido en valuar las miserias de la vida.

En aquella trasnocha, enajado el cuerpo en el órgulo que le recibiera, forma por la tierra del suelo, descoloridas, arrebuñado y ennegrido, en, al parecer, cuerpo de mujer.

El disco de nuestra linterna eleva su rayo luminoso al interior y, al girar hacia la derecha, cacha una mancha que se alza por encima, pesada....

Y observamos que se desarma un brazo destrozado cuya mano quita los desordenados cabellos que cubren su frente.

En sus ojos se observa una mirada sombría; apreta un algo que le estorba en sus piernas; se inclina para ser a la mano izquierda, fija en nosotros su mirada y, con voz entrecortada y nerviosa pregunta:

- ¿Qué es sois?

Somos... se respondemos... amigos vacíos, que deseamos saber lo que podría necesitar para acabar la noche.

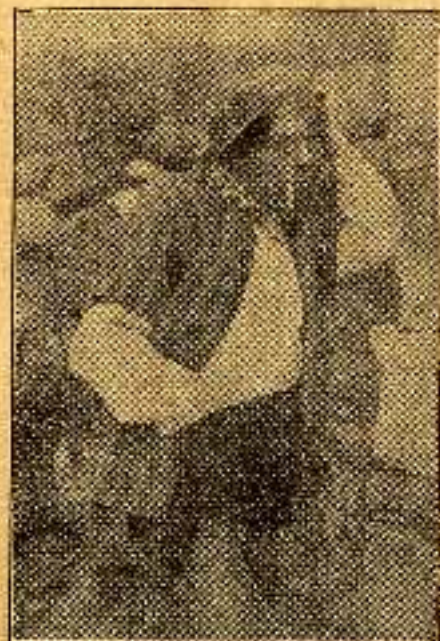
- ¿Es... de veras... o de... Villapellana?... Porque... para visitar estos alcazares, lo peduro que, si ha menester es una botella de Monovar. O dejar tranquilo a la gente.

- Perdona, buena cosa, y bien ves que si es importante no pinguá oia dato de la cetas.

- Vamos, vamos pakitras, y déjamos descansar. Miren que les puede costar una traja de desazon el atrevimiento.

- No te enfades, que ningún mal os hacemos. ¿Cuántos sois en esta caza?

- Poca... cuente....



Y se arrojaba nuevamente en su peñasco de mantón.

Y concluían á moverse motu proprio de paja de los que van saliendo otros seres con quienes no contábanse y que poco á poco recomenzaban.

Alimentámonos nuestra linterna con una nueva esterina, y se desmenuzán á nuestras ojos dos niños harapientos con puris de sus carnicerías al descubierto, y con una voz terrible y alargada las manos nos dicen:

— ¡Pani, panini... un pedacito de pani!

Y he aquí que una buena proporción una satisfacción.

De los pastros de la vela, y por la honrada de uno de nuestros comensales, llevamos en los bolsillos del gabán unas galletas, y recordando el hecho festivo, gorgojamos pero amargados, y se les damos, y las devoramos.

Des mujeres se imaginaban entenas, de las cuales una inclina la cabeza sobre el costado de la otra. Debían sacudido la paja que las cubría, y al querer hablarlas, corra en voz alta de adentro ordinario, unipersona y avinada...

— ¡Qué va! — Y se oye como el rechinar de una bayeta de mueller. Y la mujer que antes nos hablaba saltando de su guacida como una felina, dijo:

— ¡Quiero, Malasangre, con mis señores que... tienen el honor de visitarme. Y, mira, pues que se han traído unas galletas por las chaves, como las están sabiendo á gloria.

— ¡Mistis...! — repuso el Malasangre — ¡pues... entiendo que con estos bonis más bien pa descansar, y pa mí que he estado durando con venir á acompañar á esta y... evitar que aquí haya lo que se me sigue entre ojo y ojo, y nuestras perdidos, pero é... ¡puedría sea la...!

Y se adelantó en un... amenzando hacia la muchacha.

— ¡Pierperillente... asista! — ¡Mira que andan viejitas... y que como estas señoras, que no fueran ningún mal, no te conozca, le voy á tomar por un Ministro.

Y como él dejó guasar de las palabras de la conparata, una fatigación de ojos que apareando una molilla, y que se había cruzado ocupada del Malasangre, giró la siguiente frase:

— A ver si me sea, si voy á tomarlas á usted le comparilla... no incluya acción.

— Ni que decir tiene, Chita — dijo Malasangre —. Pero es buena cosa que venga uno á descansar, inservitente, y que nos encontramos con unas pelotas como si esto fuese una casualidad... ¡Eh...! pero más o menos. Y á todo con señoras, ¡diren nobles cigarrós!

— Ya lo creo, ahí va... — Y comenzamos á repartir pitillos.

— Gracias á Dios — dijo la Chita — que vamos á fumar algo decente.

— Poco puede entenderse — dijo Malasangre.

— Si fueran un poco de leche — dijo.

— Se hace, Ah! estará el Abuelo que tiene siempre provisiones de combustible.

Y hasta en sí hizo significativo, tímido y casi apagado para que aparciese

otro mazo, á quien daban Malasangre que trajera, y con prisas algo para quemarlo.

Prontamente estuvieron allí unos pedacitos de madera carbonada y rebrida, como si procediese de restos de barcos ahogados, destruídos, sobre los que amontonó una buena cantidad de paja podrida.

Y se armó la gran llamada.

III

El lunch

Las dos suenan en uno de los relojes de la gran ciudad. La luz de ambos el contorno, y como muestra de luz y de calor, van saliendo y acercándose cuantos al parecer corresponden aquel feto de gentes desdichadas, á quienes no les han sido dados ni luz blanca para la inteligencia, ni quizás calor material para su cuerpo.

— ¡Té, Abuelo — dice Malasangre —, si te parece, y á estos señores no se les ofrece inactivamente, para exhibir en silencio á estos libros y hermanas hermanas, puedes traer cualquier cosa. Tienen la palabra, establos.

— A pesar de tanta miseria y tanta hastura, aquel cuadro me interesa á ser incesante.

Diez pesetas puestas en la mano del Abuelo, y óvalos perlamentos del Malasangre, con adelantamiento de que está de vuelta en diez minutos, hasta para que éste previas unas pincetas, salga á todo escape á cumplir su cometido.

Una ronda de cigarrillos y las ediciones purpúreas que ocasionó el que todos emprendimos con tizones, es bastante para dar tiempo á que vuelva el Abuelo cargado de panes, botellas de vino, latas de sardinas, chorizos y hasta un gran pedazo de queso y algunas chucherías como las que pudimos ver unos arrimados que el Abuelo repartió, con cierto distingo, diciendo, se pudo oír:

— ¡Esto para ti, Diego y estos para ti, Raimo y a ver si son portad con espíritu.



Y acercándose a una jovenzita que se mantenía algo más apartada del bullicio, la dice:

Meludira, esta noche no te quejarás; te traigo esta botella de leche que se hizo ese inocente, ya que es el más fácil de robar para ganárselo, pobrecito.



La mujer con quien primero tropezamos y a quien llamamos la Bailarina, no ve con buenos ojos aquellas farsas del Abuelo; pero se tranquiliza cuando nota que entre cuatro botellas negras haba una blanca.

— ¡Aguardadme!... — dice. Y se lleva la botella a la boca escupida, hasta que la Chata, que escora el brazo del hombro de Malasanga, de un golpe la hace abandonar la posición, ya desahogado prolongada.

Conforma el reparto de viandas que devoran con fiereza, excepto el Malasanga y la Chata, que parecen estar ahitos de poca melaza, según expresión de la Bailarina y, en cambio que la imaginación lo repasa desaparece hasta la última migaja del suelo.

Las mujeres andaluzas vuelven a su sabiduría interior y exterior-

mente templadas, según se podía notar en la luz de sus caras. La Bailarina nos hace gracia de unas figuras de algo especial del clasicismo italiano y, puestas de pie, se despiden, saliendo en dirección a la gran ciudad. El Abuelo con una seria coja colgada al hombro, descalzo que era un betunero.

La Chata y el Malasanga se van tropezando por la montaña y, cuando aquel triste cuadro se esfuma del todo a nuestra vista, con el corazón oprimido y el alma tranquila de haber, quizás, hecho una buena obra, volvemos a la gran ciudad, que, al parecer dormita.

Al llegar a la primera gran avenida, la señora comienza a señalar los primeros analitos de su divino resplandor.

Los pájaros que en las deshojadas raras han pasado la noche, asustados, tal vez, de nuestra presencia, salen en bandadas púrpura en inarmónica, alguna. Quizás debamos ligar a que se adelanta la hora de desmenuzarse del

irio de la noche, y que puedan ofrecer más temprano al sol sus primeros golpes, para recomenzar después su interminable natural tarea.

A la gran avenida van descubriendo parejas de amodorrados transeuntadores que apuntes de impúbicos labios en vesáticas libaciones los últimos besos de lábios aurores, vendidos por una paliseta de como continentada, o por unas miserables monedas destinadas a comprar inútiles galáspes cuando ya les estorba el paso algún harapiento golfillo que rodiciase avizora la colilla fríasada.

Comienzan a girar en vertiginosa carrera elegantes autos, carruajes costados, de cuyos lacayos los libros deana tan la elevada jerarquía de sus señoras.

Los muertos de hierro y cristales de una vasa de rica y moderna construcción giran con inusitada frecuencia, dando entrada y salida constantemente a gentes que en sus semblantes denotan que en la vida senten algo excepcional y notable...

Sobre uno y lilo campea un omnibus a quien hemos muchas veces celebrado y cuya gracia nos delicia gustando largas temporadas, como alate donado, los últimos instantes de su vida... y una serie de delirios preceñidos de instantáneo reflejo fundidos, nos hizo comprender la desaparición de la noche, la presencia del día, la grandeza de la muerte y la realidad de la vida en constante renovación, en permanente laborar bajo leyes inmutables.



IV

JORNADA PRIMERA Primera parte

Los gullus

A nuestra vista, paciente lector, vamos pasar como en una cinta cinematográfica una serie de cuadros de la vida de los hombres, que pudiera entristecidos... o alegrados, de haberla conocido.

El que ignore la realidad de algunas de las cosas que con sus estridentes notas vuelven versos sobre el espejo en que pueden reflejarse, quizás lo tiene de la vida el conocimiento necesario para vivir prevenido contra las grandes sorpresas del correr de los tiempos.

El vicio de una gran ciudad en la que la disciplina moral carece de la necesaria extensión e intensidad, bien puede arrastrar en la borrasca del mal a los descaudados, a los de cultura deficiente, pero puede ocasionar el despertar de las grandes virtudes cívicas y de los necesarios nobles sentimientos humanos, para separarse del mal, para prevenirse contra él y hasta para castigarlo por completo en quien siquiera tiene una mediana preparación física.

Es la eterna cuestión

Existimos en momentos decisivos para la redención de seres que tienen derecho a la vida normal de los hombres, y no hay una sola nación que no se prometa ya de la gran desgracia, del magno problema de la niñez abandonada y delincuente.

Y es que, desde Moisés, abandonado sobre la superficie del Nió, hasta el Alcega de nuestro drama, y desde éste al Juan José que inmortalizó Hierro, la niñez desahuciada y su regeneración claman al cielo justicia.

Esos seres descaudados han llegado a nuestra tierra con el triste e impopular nombre de pollos, o quizás el doctor Zaramilleta define: seres trémulos, fúlbos de educación, de voluntad y de moralidad, desahuciados sin rumbo en la vida; vacilados en el trabajo, en el alcohol y en la vagancia; mendigos profesionales, estras de presidio... Viven sin hogar, sin alicios, sin oficio.

Territo social, cuya vía es el hambre, su casa el atrevio, su cama es el suelo de guaridas humildes; sus sensas aturden al presente, sin que nadie pueda predecir su mañana.

Y ciertamente que aquí lo hemos de llevar a cierta consideración hasta el ambiente del gulo solitario, de las misas prohibidas que el pudoroso, algunas diferencias en el caso de niños: que en unos, en los primeros, es por necesidad y en los segundos... los gases.

Y es aquí el Rana, clásico ejemplo de la golfaría de las grandes ciudades; de frente estrecha, que difumina los extremos y ásperos cabellos, ojos saltones y corchinosos, párpalos salientes, labios gruesos y hues deformado; cuello corto y espalda contractada, con los pitidos de resaca y oídos destilantes de secreciones animales.

Relincha en todas partes restos de alimento, migajas mullas, o alargó la mano, medroso, con la mirada fija en la cara del vándalo, o de que soborea el rico mozo en la terraza del bar, de quien lo mismo espera una moneda que una frase aguda o despectiva, o que la punta de la boca del mozo de título. Cerca de él es peligroso el desmorir; sus manos obran como las de un irracional cualquiera, por instinto de conservación, sin calcular, por falta de discernimiento, sobre el peligro de sus acciones delictuosas.

En la libertad, que usa a su modo, se cree rey de sus actos, y lo vemos en una ruidosa horda sobre los hierros de los balcones, sobre los topes del frutela o sobre las balizas de un coche, hasta que la humanidad, en uno de sus gases, sacude su látigo sobre su empopito desnudo.

Es otro ejemplo el Niño, individuo del famoso Club Rockinés; de cabeza

desproporcionada con relación al cuerpo, de cabellera sacia abundante en la que se hospedan cuantos parásitos gustan de la miseria, a los que persigue constantemente con sus rísculosas uñas.

Su cara elongada, articulada, saca y példos sus labios, delgado su cuello, y sus brazos sin músculos, revelan el odio y el placer, el amor y el delito, el vicio, la degeneración y el abandono. Parece que en su mirada hay siempre una turbana ausenciosa contra alguien a quien no conoce.

En su góñada tropieza brios queás con una vivencia irapídicamente coquetosa, en donde tiene su trono, revestido de falsos encantos, la ignorancia, el egoísmo, la miseria; unos líbricos halagos, un paseo en coche, una cena, un tango, una copa de champagne o de refidjar... para un arraque de bestia....

¿Será posible en tales seres un acto edificante noble humano?

Allí veremos.

Y, como el Rana, sigue el destino y olvidado tal vez por la multitud del ocaso, aporvecha — instinto de fuerza — el primer vehículo de rescuro que se le presenta, acomodándose en los topes de un frutela; lo cual visto por el Rana, en quien es natural el bajo sentimiento de la vergüenza, y que así está colarado de la punta de la fusta del coche, gira como un encierro, entre gordo e iracundo:

— ¡Pá...! ¡o es, al del topel...! ¡A la traseal!

Y el colador, que se ha encotra en el acto, tomado del depósito del frutela un puñado de arena, lo arroja con cierta furia al desgraciado niño.

Y algunas viajeros protestan:

Restregándose los ojos para verificar si las patricias que en ellas han entado, el Pioje se dirige furioso al Rana, y se agarra a brazo partido, golpearlo y dediciándose todas las fijas ibiditas, insultantes del reprochable orgot de la zeate del lampo.

Y se da el caso ibóñlo de que la niña entre los dos pobres niños forma conjunto de espectadores, entre los que, con fruición, algunos celebran y animan la pendencia, hasta que termina, no por la intervención de agente alguno de la autoridad, que ve imposible la lucha infantil, sino por alguna mujer del pueblo, a quien, según costumbre, madre amante, o poco afortunada en amor filial, interviene a composición aquellos niños.



Pero si la medallera excitó la ira en los niños, una moneda regalada al efecto por la pacificadora mujer les hizo inmediatamente amigos.

Y rehusando por el cambio cualquier raigaja café, surfen hasta la plaza de la ciudad, en donde bars y cafés les ofrecen rumpi adecuado para sus fuerzas.

En la terraza de un elegante café restaurante por el que habitualmente discuten diferentes veces al día, descalzan a uno de sus más respetables esmoquinados, el Abuelo, y quedan parados frente a semejante personaje, quien, con ademán y gesto de quien se cree superior, les indica que se retiran.

Su presencia pudiera disgustar al parroquiano.

Es el tal personaje, el Abuelo, del Gran Nicolás, caporal, en su tiempo, de los primeros cazadores de vollos, hombre ya de cierta representación entre su gente, que supo convertirse las vollos en numerario, y aplicarle a la compra de un caballo que no dejaba de tener su historia, en el que se contaban algunos capillos y lecturas, una su fleaquillo de agua para quitar el cansancio barrido de las botas sucias.

En su estatura regular veía algún desequilibrio. Una acertada imperfección en la columna vertebral y desviación al exterior en ambas piernas. Sin robustez alguna, de castillo sus fuerzas a las necesarias para portar la legítima carga pendiente del hombre por una magnífica montura. Anémico desde su niño, se le nota la fatiga durante la falta de la botapera de un par de botas, hinchada de viento y hinchado de estómago y de pecho, le hace apretar insignificante. Con todo eso, en su frente, como de sus ojos, sus arrugas y sus cejas, irradiaba una expresión de dulzura adquiñada por autoeducación especial por el hombre.

Y el hombre tiene su casa, y su casa, como los lagartos, y su familia, como los lobos, y su campo de labor como otros, mucho menos desgraciados, porque al fin tienen su madre.

Y a veces es el sostén del conjunto que se veja en las guatecas próximas a la suya, y hasta su e ser consejero y asesor de Dios entre los de su clase.

Es muy feo en cuanto encuentra el primer par, para lo que sería bastante vez a un señor, elevarle las que en el calzado, elevarlos a la cara dando a la elevación de su estado el caso uno de solitud que no acertaba a pronunciar, y como adelantando la resolución del caballero, antes de que pronuncie la palabra de conformidad, estaba arrodillado y raspando el pantalón.

¡Y hay que ver los juguetes que se juegan y el aire manejando los capillos, que, al pasar de una a otra mano, creaban unas habilidades rotaciones en el aire, giraban finalmente al dar con las palmas respectivas!

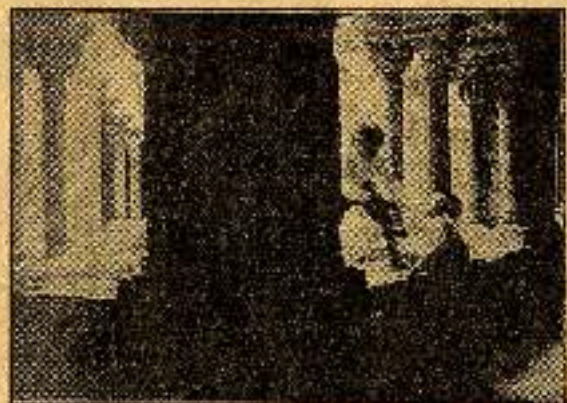
Y tiene sus parroquianos, doctores y enfermos, a sus horas de costumbre, que le dan su poquita conversación, y hasta le hacen sus clases, que celebra y concluye graciosamente, lo cual da lugar a que en algunas ocasiones arde la pipa.

Lo que hay es que el pobre Abuelo no logra hacer fortuna, ni sea siquiera completar su colección de capillos, ni sus frascos ni sus cajas de crema. Y es que parece que sus colegas olfatean sus gestaciones, le buscan con una opor-

tunidad cronométrica y le pottan tal desdichas y embustrias que bien podrían encerrar alguna razón.

Entre los que disfrutan más frecuentemente de las monedas que recoge el honduzco golfo, hay quien merece especial mención.

Es la Esalaura, miadida convertida predominantemente en mariposa, belleza extraordinaria en su conjunto; herencia normal, salvaje, inculta. De formas esenturales, cuya boca juguetea y provoca con voluptuosas molines. Sus dientes son de alvea blanca, y de sus ojos salta chispas que abascan. Su palabra es fluida, aunque algo acerbada y de timbre grave, y su frase resulta a veces agudo, se se ha criado en el campo, ha crecido en la horda. Ha vivido flotando entre la espuma de la miseria, no ama nada ni a nadie, sólo tiene apego a su zambura, en donde se libra de las intenciones de la atmósfera, pero quizás de nada más. Es por temperamento, apática, y, por herencia o generación, apasionada por los vollos. Canta con gracia y burla como ella sola, haciendo sus habilidades y movimientos provocativos en el aire como en terreno coladero.



Por ella viene el Abuelo especial predilección. Es, dice él, la oveja descarriada que más que el pasto se ocupa al abrevadero, en el que encuentra todas sus delicias.

Por ella viene el Abuelo especial predilección. Es, dice él, la oveja descarriada que más que el pasto se ocupa al abrevadero, en el que encuentra todas sus delicias.

La llama la Esalaura de la miseria, porque, a su juicio, es lo único de la humana vivienda convertido en fruto, aunque dice que jamás aprovechará a nadie, si no sigue sus consejos.

— Mira, Esalaura — la decía una noche, mientras arreglaba sus paños para al día siguiente estar brillantes — ¿tú tienes una riqueza en tus plumas y en esos brazos que mueves como los propios ángeles. Cuando estás pa atrás la cabeza, al terminar una figura, parece que le dices al mundo «¡Ah, ahí queda sólo por una fortuna!» Pero tú la escapas por la punta del pie después de bebértela en una copa de rajagañote. ¡Y es la vida!

— La vida — dice ella — es apurar una copa cuando la hay. ¿sabes? Y cuando no la hay, bebese los sermones del Abuelo, que abren a uno, a uno, a uno. La bebida me alegra, me inspira, me da libertad, o, a lo menos, me hace sentir la ilusión de que la borrachera es para mí, como para la abeja la colmena de cristal, donde elabora la miel sin ser vista.

— Tú eres la que no ves.

— Yo soy la que no quiero ver, la que no debo ni puedo ver, que sólo así consigo redimirme de otros males. Déjame beber, y luego veremos si soy la peor.

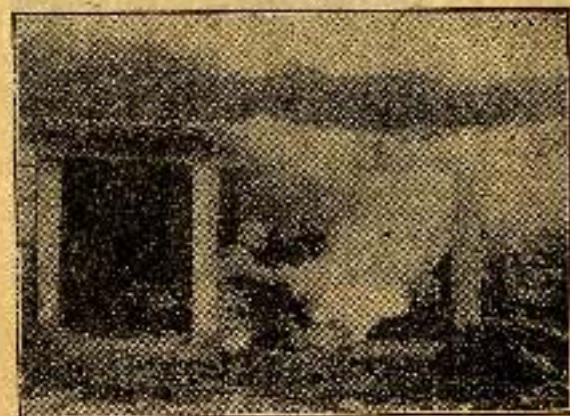
— Ya te quiero como a una hermana y quisiera que en alguna ocasión tomaras la vida en serio.

— En copas, cuánta decir.

— Quiero decir que de seguir mis consejos, algún día podré hacer por ti lo que un padre.

— O lo que un abuelo! — dice una criada.

Y se alejó del Abuelo, que reflexivo decía: «Tú no pararás en bien. Tú darás con tu cuerpo en tierra como una mujer despreciable. Tú tienes una fortuna que no aprovechas. Tú me costarás muchas lágrimas».



Y siguió desolando sus párpados frunciendo la frente y alargando los párpados como amargado del desdén con que la Bailona había acogido sus palabras.

Para el Abuelo siente por ella interés inexplicable, y hará cuanto pueda por recogerla y hasta por darle *corrosión brillante*, dice él.

Aparte esta debilidad, especialmente sentida por la Bailona, es el Abuelo el complemento de todas las maquinarias de la gobernanza encubiertas con su caja de ojalos.

Y según para sí piensa Bailona es una desgracia. Temperamento artístico, belleza aterracista, altura única y *note* de sus dadas; *viñetista* hasta *descharar* a los contras, no está bien dejarla abandonada. Hay que protegerla, Nicotí, y tienes que velar el resto. Esta mujer, aunque diga lo contrario la Chata, es una gaceta que ha nacido para llegar, si la impulsan. Y yo le impulsaré. ¡Vaya si la impulso y vaya si llegará!

En estas reflexiones embobado, camina el gran Nicotí hacia su campo de operaciones, cuando descubre en una plaza silenciosa yentio formando corvo. Rien unos otros gritan y jalean y mata unos brazos que describen sinuosas líneas y otros brazos secantes en el vacío.

Y advierte a la Bailona.

No sabe si debe seguir o cambiar de rumbo. Luego, el primer impulso es llegar, tomar del brazo a su amiga y llevarla arrastrando. Mas eso se lo antoja

indelicado. Pero sigue, inconscientemente, y, al llegar, el grupo se disuelve, aplaudiendo los unos, haciendo comentarios en tonos de conmiseración algunos, protestando otros desastrosos (in a aquella extraña hermosura, y diciendo algunos que merecía la atención de alguien que de ella sacara el partido posible).

Entre tanto, ella, como abocada, se dirige a la taberna próxima, a donde la quiere seguir el Abuelo, aunque no es posible, porque, al seguirla, le detiene una mano pequeña y descortada que se agarra a su hombro.

Es la Melindro, sabada expresión de insano y habicante origen. Depauperada, enteca, enfermiza, reproducción personal del vicio y de la crapula; sedimento de la miseria, pista despreciable de todas las lacras, enfermedades y parásitos de un vivir incomprendible. Su falta de fuerza para una vida de actividad corpórea, ha formado, quizás, un espíritu telexivo y capax de sentimientos. De su mirada triste se hace esperar algo sublime humano, y de sus ojos hundidos, de sus labios incolores y fríos, casi sesenta años de vida, sigue a la Bailona en sus correrías, hasta donde le es posible, y, si no puede beber, lo cual es motivo de chifregotas por parte de este engendro, suele clemosar algún escaso alimento, si quiera sea de mala condición.



Peor es la muerte por inanición. Hay que hacer algo por la vida. ¡Es tan apreciable cualquier clase de vida!

Y el Abuelo medita sobre todo lo que ve, y siente ahogado su espíritu y que si la cara le sale el rubor y la vergüenza. ¡Por ellas!

V

La familia aumenta

La vida es un tejido de desdichas, hubiera dicho el Abuelo, como si no supiera que hay seres relativamente felices.

La noche comienza a extender su sentirío morbo.

Como las aves, el Kava y el Plojo van a hacer la guardia de la mortaja. Aquél, parado, contempla cómo una a una encienden las luces de gas en un bar, mientras éste ilumina algo con qué entretenerse. Un perroquino le tira

un pedazo de moza, que cruje al viento, y del que se declara con algún doretehu el Rana.

Y seguido de unas manoponas lo parten por igual, y se van andando por la calle. Después de algunos pasos, doblan la esquina a la derecha; más adelante, echan por otra calle de la izquierda.

La luz es escasa. Ha cerrado la noche. El aire está al rededor ligar que le ceden las encamejadas. Pero el frío es intenso. Llevala. Son contadas las almas que andan por la calle.

Una carpanta los adelanta la proximidad de una iglesia. Avanza la lluvia, que es entremezclada de copos diabólicos, a que arrastran destellos los rayos luminosos de un farol inmediato.

— Plojo, no debemos pasar de aquí

— Pero si nos diquesen, Rana, nos la ganamos.

No nos verán, niñal.

Y se disponen a ocultarse en el claustro, cuando una mujer, esquivando, acaso, temerosa las miradas de alguien, cruza por delante de maestros exuasores. Entre sus brazos, arrebujado cuidadosamente, lleva la mujer algo que se les antoja misterioso.

Los dos se miran, más que con miedo, con cierta inexplicable inteligencia. Y con gran discreción siguen a la mujer, que camina con paso incierto y mirada, como sus ademanes, alocada.

No se oye más ruido que el monótono que producen al caer las gotas de agua. Y el ruido se intermite con un suspiro, mitad, de moral angustia, mitad, ruego de fiara... Y una especie de gorjeo corta el suspiro; es un beso que encierra tal vez una larga historia, un pedazo del corazón, un flechazo del alma, el adiós de un pecho que se despedaza de amor y de vergüenza, o de miseria y desesperación.

Y entre el ramaje de un arbolito deposita una moneda; y, al querer salir libre de su impedimento, no puede; y lucha con algo que invisible la detiene...

Un arranque y un resoplido de alguien a quien le sofoca un fuego ahogado, son como consecuencia del esfuerzo realizado para arrebatar de aquel sitio a que parecen la sujetaban titanes y fantasmas.

El Rana tartamudea de miedo. Los pelos de la cabeza del Plojo, como si barruntara hambrientas alimotas, se le velan entrecapados. Y se miran con los ojos desmesuradamente abiertos. Castañetean los dientes del Rana, cuyas manos buscan temblorosas las del Plojo, que se abraza al cuello de su camarada.

Pasan algunos momentos que resultan siglos para los dos peñiles, quienes parecen pegados, como caracoles a la pared húmeda y verdosa.

La frente de ambos sudía. Su corazón parecía querer estallar y romper la mísera atmósfera que los contenía, y respiraban agitadoamente.

Vámonos — dijo por fin el Rana.

— Veamos lo que ha dejado esa mujer, quien sabe si será algún sifano que oculta y nos haremos ricos.

No había mayor ni más secreto y síto discutido en aquel cuerpo miserable,

y quizás de la vocación humana de aquel niño que jamás oyó palabra sana ni razón serena.

— Yo iré primero — dijo el Plojo.

— Y yo contigo — añadió el Rana.

Paso a paso y sigilosamente se movieron al evolverio. Revuelven, escudriñan y se miran nuevamente asombrados.

Tan descubierta una existencia...

Y se normaliza el latir de su corazón; se templan sus nervios; se refrescan sus frentes, y hasta se encuentran incógnitas.

— ¡Pero... si es un niño! — dice el Plojo.

— ¿Tu niño?

— ¡Un niño!

— Pero ¿es que le has mirado bien?

— Un niño te digo. Y... mira que caducita tiene en la carita.

El Rana le tienta la cara y siente una alegría y emoción visibles.

— Váncese a llevarnosle — dicen a un tiempo los dos.

— Uno más en la cuadrilla, niñal — dice el Plojo.

Es claro, esa mujer lo ha dejado aquí para que lo resaja el que lo vea. Pero... esa mujer... no será su madre.

— Bueno, ¿qué hacemos?

— Por mí llevárnosle — dice el Plojo —. Yo no lo suelo, se me fría aquí de frío. Y, espera, Rana, que me parece que...

Y saca la mano de entre las ropas, se lleva la punta de los dedos a la nariz...

— ¡Atención que... y pa mí que... no quisiera engañarme...

— Bueno, vámonos y lo se arregará.

— Pero y si lleva, ¿qué hacemos?

— Pues mira, yo tengo aquí pan y queso.

¡Pero si no comerá!

— Pues comámos con él, allá veremos lo que se hace.

Vámonos... Parece que buscan algún recurso para solucionar el conflicto. En aquellos corazones comienza a nacer la compasión, tanto más estimable, cuanto que es espontánea, propia, natural, providencial, santa y humana.



VI

Otros personajes a Hote

Mientras discurren sobre lo que conviene hacer, oyen griterío y palmas en sitio cercano.

Y cruza no muy distante la Chata, punto final del tiempo: Juán formado a respazos de una sociedad indiferente que amarraba sus furias en un desahogado



pasado. La Chata no pide se tome lo necesario para él y para su hombre, más para éste que para ella misma, famosa por sus lunas, y giransa en los fastos de la política mudante. No hay empresa para la que no tenga una solución, aun con riesgo de su piel y hasta de su propia existencia, y, ante todo, de su libertad, siempre comprometida.

Y llega oportunamente cuando, al terminar una danza gitana, la Bailarina arrebató a la Meléndres los céntricos de la colecta.

Es que la Bailarina, alcoholica incipiente, se apasiona demasiado por la bebida, y logra su propósito véndose a beber a la taberna inofensiva, a donde le acompaña la Chata, que la jalea y le dedica encaminadas atenciones.

El Malasangre acceba la adhesión de la Chata.

Es el Malasangre un tipo corriente en la escuela de los raileros, en los que nacidos y criados en el arroyo, aprendieron cuantos males y cuantos trapecerías necesita el ignorante y el ábilico, el inocente y el descreído, para ir tirando del tanto de la existencia; adorado ejemplar de la herencia, del vivir ocioso y vicioso, que amenaza y moltrata a las mujeres que lloran su tiranía y viven apogadas a sus geniales mentidas valentonerías, que alimentan sus necesidades y sus excessos. Es el celador de las facetas de sus víctimas.

En las escenas reunidas en plena calle entre la Bailarina y la Meléndres y entre ambas y la Chata, sale de suyo gananciosa. Esta arregla siempre las cosas de modo que de los céntricos que la Bailarina arroja sobre el mastador, queda algún remanente para el Malasangre, a quien con una indicación corriente le hace aproximad, y, previa una hipócrita reflexión, especie de consejo de talidencias utilitarias, se apropiecha de la omisión para sacat su paruldo.

— Mira, gitana — suele decir a la Bailarina —, tú no vas bien por ese camino; el beber es propio de los genios, pero es demasiado lo que tú bebes. Ahora mismo has bebido un vaso, cuando con una copilla te bastaría.

Y con cierta autoridad dice al arroyo:

— Parle eso en dos o en tres, y mira, serrata, leu por seguro que te apropiará mucho más.

Y tomando una de las dos partes en que el tabernero ha dividido la cantidad, la apura de un trago, y al luppisese, dice, con cierto imperativo desdeñoso:

— Vanitos.

Y saliendo a la calle, dice en tono paternal:

— Las mujeres no debéis ir solas a casa, tenéis muchos tropiezos; de no estar yo por aquí, ahora mismo hubieras derrochado todo tu caudal en bebida. Tú hazme caso a mí, chatinga, a quien ahora mismo debes el que hayas bebido y no haya quedado algo para más tarde. Esta es un gran ministro del ramo de la hacienda pública. Hazla caso.

VII

Una idea botánica

Mientras se desarrollan las interloques escultas, el Rana y el Piojo discuten sobre lo conveniente respecto de su hallazgo.

— ¿Y qué haremos con él? Está ya mojado y se mojará de frío — dice el Rana.

— Yo sé cómo lo podemos arreglar. Tú te quedas con él por la mañana — dice el Piojo —; de mi lado de mucho comeremos los tres: ¡és muy guapillo!

— Pues ¿y cuándo le vea la Meléndres?

— ¿Y cuándo le vea la Bailarina?

— ¿Y la Chata?

— ¿Y el Malasangre?

— Pese... ese será capaz de zurrarnos por haberle traído a casa.

— Y nosotros le damos a él una pedrá en la cabeza.

Y se lo decimos a un guardia.

Y en parecidas consideraciones seguita su camino, un camino incierto, pero al amparo del amor humano, del amor al hombre, de ese sentimiento que han dado en llamar filantropía o altruismo, sustitutos de la hermosa voz



curidad. Y alternan para descansar del peso y de la fatiga de su preciosa carga.

De pronto corta su carrera una voz quejumbrosa de mujer y repetidas impresiones y blasfemias de un hombre.

Se acercan en el dintel de una puerta y ven pasar, impulsada por un terrible golpe recibido de un hombre que le persigue furioso, una mujer que se inyecta con alfileres y rabia estridentes. Desgachada, los ojos arrojando fuego,

y espanta la boca, hacen prever una catástrofe. Cualquiera especularía que, como una liebre, huyera a lanzarse aquella mujer sobre su verdugo.

Los chicos se reconocieron al instante a la Chula y al Malasangre, a quienes vienen pasar con terror ante la posibilidad de ser vistos y despojados lentamente de su preciado hallazgo.



Siguieran en camino y próximos al punto deseado, dice el Rana:

— Ya estamos. ¡Qué bien si al llegar nos encontramos con una mujer que le ofera de comer y hablara hombre para calentarle!

Eso lo hará toda la Melindres — dice el Flajo.

— Pero si la Melindres... no tiene eso.

— No importa.

Es que con toda su golfería ignoran ciertas condiciones y hasta las causas raras llaman a las cosas por su nombre. A las cosas que otros estiman propias de su capacidad.

Y llegan, aunque no sin cierto temor, a su guarida cargados, y sudorosos, a pesar de lo frío de la noche.

Con el silencio de la hora llegaban fácilmente las palabras de los niños de risa en risa hasta la cochera en donde las oía la Melindres, que salió a recibirlos estrujando aquella charra. Y su sorpresa es terrorífica, creyendo que el niño que llevar es objeto de un loco delirio.

No te amastes, Melindres — dice el Rana —; nos lo hemos encontrado.

— ¡Peró!...

— Si es un niño — dice el Flajo, con cierta sonrisa no muy ajena de temor de que no se le recibiese muy bien al caso iba a agravar la situación.

Y la Melindres tomó el niño con exquisito cuidado lo besó, lo acurrucó contra su descarnado pecho, lo volvió a besar, como si con el calor de sus besos

quiere que podía tener, quisiera darle el calor necesario para la vida.... Y un diluvio de preguntas cayó sobre los golfillos.

En un porche oscuro ardeían unos fósforos que prestan calor a unos viejos chicos no menos desgraciados que ellos, y allí se convierten todos.

Una ruidosa alegría invade la miserable mansión.

Y a medida que van llegando los chicos, va aumentando la alegría.

El Abuelo es la única persona que falta.

— Ya veréis cómo, cuando venga Nicotí — dice la Melindres —, busca algo para que cene.

Y como por reclamo, El Nicotí, o sea el famoso Abuelo se arrastra con torremulo el último caplet.

Al encuentro le salen los chicos, notificándole la feliz nueva, y, acelerando el paso, y descolgándose del hombro la ruidosa, corrió a entregarse de toda pat a la Melindres.

— Un dentonzo son estos chicos — dice el Abuelo, casi circunscrito de modo que...

En la suspensión se encerraba la magnitud inmensa de una multitud inabarcable.

No traían que comer, ni luz, ni hombre, ni agua, ni casa, ni más que miseria...

Aquella noche se ha oído algo providencial en las voces de aquellos gentes.

Dios ha inspirado e incluido en aquellos corazones un ruego de su infinita grandeza.

Y la alegría invade la mansión miserable, la zamburka, que se hace entonces el templo augusto del más hermoso de los sentimientos humanos, la caridad.

Se prohibirá el niño, se le criará. Todos, todos, los viejecillos de aquella choza, la Melindres, el Abuelo, el Rana, el Flajo... todos se agacharán para el niño que vive. «Para que se haga grande», decía el Flajo.

El Abuelo quedó un momento meditando, y luego volvió en sí dirigiéndose a los pequeños:

— ¡Y decid que aquella mujer debía ser su madre!

A lo que contestaron nuevamente los chicos:

— Sí que lo sería, porque lo que heró...

Y el Abuelo se arrojó cantando:

El niño con ser chico
se cuida de sus chicos
y mi padre siendo un hombre
a mí me dejó en la calle.

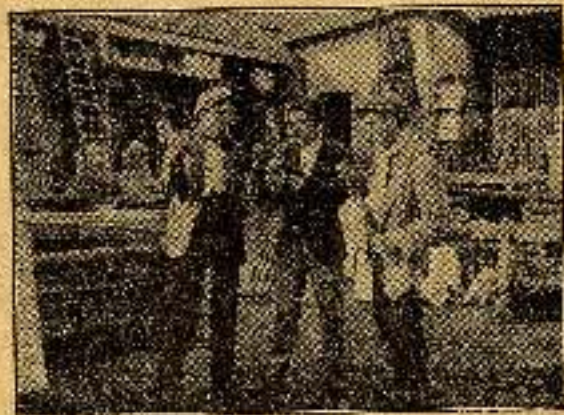
Y al terminar su melancólica cuarteta, volvió en sí, alterando en la alegría de sus colegas.

Y se hizo ruid y hubo vino y pan.

El Abuelo había trabajado aquella tarde y recogido algunas provisiones. Se le había ido bien y podría ir hasta por una poca de leche para el recién llegado. Y continuó la gran alegría.

Y se puso al niño por nombre Alberto, que la Meléndra no sabía por qué era nombre que le sonaba muy bien.

Crías de alegría, con de algazara, cánticos de fondo sincero sentimiento resonaban en la montaña. El júbilo infantil se desbordaba dentro de la pobre guarida de los viejos perilesenos.



Es que el tiempo celebra con un celo la bondad de los niños salvadores del otro abastonado.

Y se agolpan los vientos, la lluvia cesa, los niños callan y los mayores miran temerosos de que el abijado se despierte, que al parecer duerme tranquilo, abrigado junto al pecho de la bondadosa Meléndra.

Las nubes se despejan, las estrellas brillan descolgadas. Un rayo de luna, penetrando en la guarida por una especie de ventana, ilumina el pálido rostro de la improvisa madre y la carita angelical del nuevo habitante de la montaña.

Los ancianos velan, y por sus mejillas se deslizan lágrimas que la emoción arranca a sus doloridos corazones.

VIII

La oten entre del vivir

El despertar de la vida activa se aproxima.

Los primeros rayos de la aurora comienzan a dibujarse en Oriente.

El rumor de las olas que se apacientan va cediendo poco a poco. Los habitantes de las rocas y cavernas de la montaña se hallan en los momentos de mayor tranquilidad, y su sueño es realmente confortativo.

Comienzan a dibujarse las siluetas de torres y edificios, y a lo lejos se oye el trueno de los carros de carga, cuyo ruido marca su dirección y objeto hacia los muelles de carga.

Un fogonazo en el mar oriental de la fortaleza ilumina la resaca del mar e instantánea detonación hace trépido la nueva montaña.

A la tercera de las veintitena descargas que verifica el cañón, se halla en movimiento la población de aquellas maxmorras.

El frío de la madrugada y la sorpresa descomponen horriblemente las caras de los prisioneros.

No es un enigma el estorbo. Anunciado el próximo alumbramiento de una princesa, las detenciones demoran el nacimiento de un príncipe.

Los clarines y clarines de inmediatos cuarteles dejan oír sus acentos, y a poco las músicas de los regimientos siguen en sus alegres marchas dianas.

La golera, pasada la primera inmersión de la neblina, vuelve a sus guardias, en donde si falta oxígeno tampoco penetra el aire ni, por lo tanto, el sol, que poco después estirado por la tierra su antigua cabellera, derramando riqueza y alegría.

Es que parece que todo haya de aquellos legirios, como parece que haya la caridad de los hombres, la atención de la sociedad humana pudiente y bienhechora.

Y entre tanto, por coincidente paralela y con el ceremonial de gran gala y etiqueta de la Corte, se verifica la presentación del nuevo príncipe a los altos dignatarios palaciegos.

Y en cuanto el sol franquea el inmenso horizonte y sus doradas hebras horneaban la montaña, comenzaron a salir de sus lechales cuniferos, como hornigas que se agitan, comenzando el amateamiento de la noche que han divergido ya, el Projo y el Rasta, y es de la madrugada que acababan de dar a conocer el estampido del cañón, los agudos sonidos de las trompetas y clarines y las armoniosas dianas de músicos y charangas de la guarnición de la plaza.



Tres personas faltan en el recinto. Los dos ancianos Gil y Turpán. Aquella prepara raspos para envolver en algo seco a la tierra esclatada, y Turpán hace astillas una tabla vieja para hacer leñeros y calentarse un poco de agua.

Gilda no había sentido jamás el santo placer de la maternidad. Servienta en casas de mucho pecunia, ya hacia años, había visto que los niños se lavaban y guisaba convenia hacerlo, morderlo y proporcionarle algún alimento. Lloraba, pero se tenía bastante.

La Meléndra parecía tenerlo pegado a su pecho. Sus brazos, como anillo

fierro, sujetaban al niño, sin que consiguiera que pasara a los brazos de tantos como lo solicitaban.

El Abuelo, que fue de los primeros que por el Rama y el Píojo se enteró del hallazgo y que no había podido dormir en toda la noche pensando en la madre natural del niño abandonado, apareció con los primeros estornaxos y desapareció antes de que el sol se mostrara en su rostro.

Había entrado en la cabaña, había besado al niño y pronunciado un *terriblo* *awo*, desapareciendo solamente.

Lo habían visto correr por la faldra de la montaña; quizás ilusionado con encontrar a la desafortunada madre, tal vez desgraciada, lastimada, por sí sabía él... en el lugar del hallazgo.

La Bailara y la Chuta hicieron sus caricias al niño y hasta oprimaron que entre todos podrían *caerle* *hombos*. El Malasangre entró en la choza, miró al niño, hizo un gesto de desdén y un movimiento de contrariedad, saliendo malhumorado.

Ante semejante actitud, los amables Cildo y Turpín murmuraron unas palabras que llegaron a oídos del Malasangre, aunque sin haberlas entendido, dieron lugar a una repugnante amenaza.

El Rama y el Píojo llegaron jadeantes anunciando que el Abuelo viene, y salen a recibirla, desahogándole de lo que trae en las manos.

Y, corriendo los tres, llegan a donde está la Melindres, dejando a su lado un jarrón con leche, pan, azúcar y en un papelón desperdicios de galletas.

Esto para nuestro abuelo, todo — dice el botanero — y para ti, Melindres, que vas a ser su madre, yo trabajé mucho y te traigo lo que necesitas. Ahora viene pan, y miel — dijo sigilosamente — toma en cambio pocas un traguillo de este vino y no te muevas de aquí, ¿sabes? Hasta luego.

Y los tres se dirigieron a la gran urbe.

El Abuelo corría como un desesperado con su arsenal de botinas y espaldas. ¡Cómo iba a trabajar desde aquel día!

El Píojo y el Rama tomaron la misma dirección que habían traído con el niño, con Alberto, que era ya de todos y por el que todos habían sentido tanta simpatía.

Luego, cuando sea como mamá, juguemos las tres — decía el Rama.

— Y nos amujeramos en nuestra fuerza — dijo el Píojo.

— Y también podré limpiarla.

— Y traeré más que tú.

— Y más que tú.

— ¡Tampoco!

— ¡Cómo que tampoco!

Y que sí, que no, que tú haces esto y tú lo de más allá, que se llan a pescarozcos, y habrían corrido pelero las pocas narices del uno y las ojeras del otro; pero la feliz llegada de un guarda de monte, puso término a la pendencia, cogiendo a cada uno de los dos del brazo y llevándolos a la casita, en donde

les amonestó y les dio parte del almuerzo con un sorbo de vino a cada uno, diciéndoles:

Esto lo hago para que sepáis que los hombres se han de respetar unos a otros y ayudarse en lugar de maltratarse. ¡Gracias buenas!

Y ambos prometieron no volver a maltratarse.

Ante tan *caliente* promesa, el guardamonte les dio diez céntimos y, en manos de cada uno la correspondiente *porción*, salieron a escape gritando:

¡Dura Alberto!

Intrigó el hecho al hombre de corazón y los llamó.

Volvieron y les hizo explicar quién era Alberto.



Quisa la historia relatada por los niños, los despidió, y el guardamonte quedó hondamente preocupado y diciendo para sí: ¿será posible? Dios mío, Dios mío! Las fieras son más diestras que algunas personas.

Y cuando los gorrillos cumplieron su propósito de poner en manos de la Melindres aquellos céntimos, salieron para la ciudad. Era ya entrada la mañana, y recorriendo calles y rodeando manzanas de casas, dieron con sus cuerpos en una de esas calles señoriales, en donde un portero de lúrea, sin asomarse ni riberas de aristocracia alguna, repartía limosnas. En la casa, propiedad de un banquero, don Hariberto López, de opulenta posición, e hijo del dueño, había nacido aquella noche un varón; y la familia, en gracia a tal día y natural merced, obsequiaba a los necesitados con unas monedas, hecho que no deja de tener siempre una relativa importancia; al menos puede creer haber hecho algo digno de la vulgaridad, quien se arroja a tales despendios, que más fomentan la miseria que remedian la pobreza.

solididad vital que en que incurria. Porque ciertamente que no fue aquella iniciativa propia, sino el tirón del acero que busca el lucro a costa de la honra y de la libertad del necesitado.

Y dicen al baratillerío:

— Nada más que esto hemos encontrado. Tenemos mucha lana. Démosle alguna para poder contar algo.

Y con sarcónica sonrisa significa el de los trapajos y muebles sucios la escusa importante que tiene el negocio que truen los muchachos.

XI

Un plante

Los grijos de la tribu que nos ocupa van adquiriendo personalidad. Han crecido la vida que hacen se presta a aventuras interesantes.

La Chata logró ya redimirse, por fin, de la brutal esclavitud del Masangre, a costa de sufrimientos y de ahuyentar sus vicios e instintos de fiero...

Y se decide a abandonar a aquel que la hace conducto de las inmundas canchales apeterosas del bruto, de sus bofetadas y patadas, de sus rapacidades y del constante tormento por fortunas increíbles.

Quiere buscar trabajo, quiere ser útil a la humanidad. Quiere buscar la redención purificando su cuerpo por el sudor de su frente. Y comienza de puerta en puerta, de taller en taller, de obrador en obrador, con una mano púdica se le ríe para dar el sello sobre el luto, si un corazón compasivo se inclina a su favor, al favor de su renovación, de su purificación en la labor, en el trabajo necesario. (Útil, necesario)

¿No será capaz de redimirse?

¿No la crees capaz de hacer mala proyección?

Y continúa su camino, cada vez más abundante de espíritu, cada vez tropezando con mayores obstáculos...

Ruena... Ruinas... Suplén...

(Toco unirl)

Y llega a una filicita, cuyo consorte la reconoce, y, mirándola de hito en hito, le dice:

— ¿Ella...? ¡Echame el alma lo mismo. Vete, vete pronto. Las garras de tu catadura no melajarán nunca en esta mano esta, honrada y digna.

Es una hasta los humidos, los más púdicos, tal vez, a la realidad de la vida, desoyen sus amias de redención.

¡Vén como esta, honrada y digna...

Leo dejó el consorte. Quizás también la empresa o el amo estimaba más la apariencia de la honradez y dignidad en su concepto social, que el imperio de los preceptos evangélicos.

Y la malaventurada gata, víctima de sus veleidades y de sus miserables flaquezas, falta siempre de valor y de entereza, volaba a flagelar su sentía

otra vez cobardo, y comenzó a vector lágrimas de color, quizás de miedo, ante el temor de su movimiento en las garras del insbado tibio Masangre.

Y como por obra de casualidad, acertó a encontrarse con la buena Melindrea, que poco a poco había logrado una pequeña posición, la necesaria para redimirse del hambre y esmerar modestamente a su pequeño Alberto, separado de las tremendas volubilidades de la miseria, y, como siempre buena, oída la voz de la desgraciada Chata, le dice:

— Bueno, no te apures. No creo que si queremos podemos redimirnos de nuestras calamidades. Si tú quieres trabajar trabajarás, porque no ha de faltarte donde.

Yo... yo también...

¡Pobre!... ¡Cuánto sufre! ¡Cuánto sufre!

Y la Chata rompió en amargo llanto. Lacerado donar a la Melindrea con verdades amargas, con pena profunda, oyéndola decir:

— Melindrea, mi pobre madre me contó una terrible historia. Era ella, hermana de madre; su padre la llevó consigo a Cuba y a los pocos meses de su permanencia murió de la fiebre amarilla. Solo, desidi mi regreso a Tenerife, decía para lo cual, falta de recursos, apelé a la bondad del capitán de una goleta que se hacía a la mar con rumbo a la patria. A los pocos días de navegación fui requerida de amores por un mozo todo arrogancia y valentía, a quien desahé con esquelia cortesía. No bastó eso para hacerle desahé, y, buscándole las vueltas a su capataz, que velaba constantemente por mí, desizaba palabras amorosas a mi oído. Le ofrecí, por fábulo, concederle mi amor al llegar a tierra, y pareció dispuesto a esperar.

Alba tardó en que el sol iba a esconderse en el ocaso, comencémos a dar un rumbo grande rumbo, cerró la noche por completo; las olas comenzaron a entresparse imponentes; el mar cruzaba el espacio con frecuencia terrible; el trueno de cesaba... la muerte se cernía a nuestro alrededor, que, sola la quilla, desahado el timón, el bucaón furioso y la tormento alacofora, quedamos a merced de las olas, frías superzientes, mi memoria y yo. La segunda era mortal. Los demás tripulantes habían sido barridos de sobre cubierta. Imploré su auxilio, lea de terror, me asió por la cintura y no supe más de mí hasta el amanecer, que desperté como asombrado del azul purísimo del cielo, del sol espléndido y de la tranquilidad del mar.



«Me encontré sola...; volví la cabeza y, con espanto, vi el cadáver de un hombre... ¡No! ¡No!»

El cielo, con sus rayos, había vengado el ultraje de aquella bestia feraz, que, sin temor al último momento ni respeto a una inmundada pureza a sí entregada y matada, se burló de lo divino y de lo humano.

«¿Quise reconocerte, incorporarme, pedir amparo, y... al ver mis ropas destrozadas por la tempestad y mi cuerpo desgarrado por la brutalidad de aquella fiera inhumana, me sentí caer sobre cubierta, desangrada, dando nada, casi sin vida.

«No sé lo que pasó después, si no es que desperté en un vapor español, asistida de unos nobles caballeros que me prodigaban generosos consuelos.

Apenas contaba yo seis años, Meléndez, cuando la última noche de frutas como la vi gravísima, se abrazó a mi cuello, me besó en la frente con un beso frío... frío tan frío, que creí sentir que se me helaba el corazón.

Vinieron dos hombres al día siguiente, me levantaron de sobre el cadáver de mi madre en que me había quedado dormida, colocaron el cuerpo de la pobre muerta sobre unas andas y salieron de la habitación.

Los seguí, llegué tras del curro en que creí que la llevaban, y al borde de la jaca me dejaron para el último beso.

«Entonces... me habló, o por lo menos se reprodujeron en mi oído sus últimas palabras: «¡Mira! ¡Mira antes que consentir el ultraje, el deshonor, el escarnio de tu virtud, y mata antes que nadie a tu madre... ¡Mata a tiempo, ya que a mí me faltó el valor necesario para salvarme!»

«Volví a mi casa de noche, la encuentré cerrada; no sé dónde fui y corrí a la ventura.

«Creí, me sentí mujer en medio de la ola de fango de que aún no he podido verme limpia; quise, con toda la decisión que me inspiraban las últimas palabras de mi madre, matar...; pero matar... ¡No! ¡No, madre mía! ¡La sangre alumbraría mis manos!»

Y entro la más terrible de las crueldades, la más brutal de las tiranías: término lógico de una vida en que el abandono se encarnó de mi voluntad y de mi suerte.

«El no es culpable; lo es, sí, la fatalidad, esa fatalidad que se laborea en la abulia de los reos y la inercia de los otros; de los que deben obligar a ser buenos, si es que en moral hay algo que pueda defender a una niña de los zarzapos de una sociedad corrompida.

«Sufro y llevo mi cruz, voy enlazada por el mundo, enlazada en el oleaje que azota mi cuerpo, como las furiosas olas del mar barrían la cubierta de la nave sobre la que mi madre sufrió el terrible martirio que dió por resultado un ser, producto de una tormenta de la naturaleza y una tempestad del corazón y del alma de un hombre fiero.

«¡Compadéceme! ¡Ayúdame!... Y a ti te deberé lo que no he podido conseguir de las leyes que han escrito los hombres, ni de los libros que han escrito los sabios

Corte de conversación]

«Cuando toda la génesis de la vida de la desdichada gofa acababa de dibujarse por ella misma, cruzó por delante de ellas S. A. R. el Príncipe Enrique, heredero de la corona. La presencia del simpático personaje, por quien el reino entero sentía verdadero cariño, recordaron las doce gofas la noche de su nacimiento, el hallazgo de Alberto.

Discurrió el Príncipe por el gran salón entre las salomónicas de la macelotambre.

También las mujeres dieron sus vivas, hecho que no pasó inadvertido para el futuro monarca, que saludó sonriente a las diez desgraciadas.

«El hijo del arroyo, Alberto, aprovechó la distracción de su madre y corrió a reunirse con sus compañeros.

Las mujeres volvieron a su conversación.

«— Chista — dijo la Meléndez — quisiera que viviéramos con nosotros que a nuestro lado conquistadas una reputación de mujeres honradas y trabajadoras pero ¡son tan escasos nuestros recursos...

No tenemos más patrimonio que nuestra modesta remuneración, que apenas si nos proporciona lo necesario para un miserable alimento y una habitación en que nos cobijamos.

Y, guardando el secreto, no quiero atormentar a mi Alberto, me siento enferma, muy enferma. Quizas ha perdido en mí la terrible tuberculosis.

Y al volver la cabeza, ve un remolino de gente.

Llevadas de la natural curiosidad, ven aún a Alberto colgado del borde de su Aiteza.

Y observan que alguien que representa el orden social y que por él vela... más que por el social derecho, se lanza sobre el incoherente chulo y lo zarandea bruscamente.

Asimismo observan que el popular diputado de la nación, don Juan Platón, cuyas radicales ideas tanas adeptos le ha proporcionado, llega al lugar del suceso abelándose sucesivamente paso.

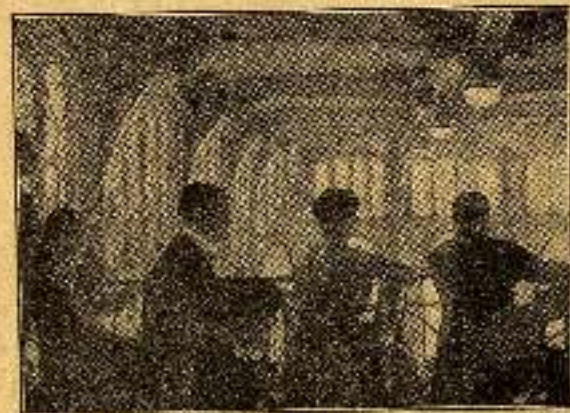


Va el Rufiñes se había apeado del coche y dirigido al guardia en estas términos:

— Estimo, guardia, que vuestro procedimiento es un tanto brusco e impropio para con un niño.

La palabra prudente, suave y persuasiva edificó y corrigió. El castigo era brutal.

Deberías recoger a ese niño y confortarle con el buen ejemplo.



Y el Príncipe, después de recibir al niño y con gran afecto insinuando el mal que pudiera acarrearle, con sus travesuras, le obsequió con unas monedas y volvió al coche.

El diputado Platón había escuchado las delicias palabras del Príncipe, y en su fuero interno las celebró y las subrayó con otras semejantes. Y al terminar, presentando su tarjeta, dijo al guardia:

— Yo me hago cargo de este niño y por él responderé si llega el caso, Retírese.

Y guiado por el niño fué a donde estaba la madre, angustiada, asustada, y, tranquilizándola, la hizo presente que lo llevaba a su casa. A lo cual accedió la pobre mujer, hasta con cierta satisfacción.

XIII

Alrededor del fuego

Mientras se desarrollaban las precedentes escenas, en casa del barquero se concertaba algo interesante.

El Rana y el Dijo se habían hecho a la quereña del logrero y no dejaban la ida por la vuelta.

Comprendió el madero que de aquellos rinquillos podía sacar partido, a cuyo efecto les decía:

— Sois unos patercos!...

De ser un poco avisados, yo sus diría dónde, cómo y cuándo se hacen los negocios.

Aquí, ohveas, la casa está por explotar. Bien cerca de aquí... — Y sonreía

sonriamente —. Bien cerca de aquí... Pero... silencio!... ¿Habían? Entrad aquí... que no sus vean... que me parece que sois poco avisados.

Y se interrumpió la conferencia para dar entrada a una pareja de extraño cocadura.

El Abuelo y la Bailaora irrumpen en el despacho del barquero-topavejero.

— Necesito, ¿sabe? — dice el Abuelo —, pues un turno decente y de más para ésta... Porque ande la ve está se proscriba hoy pa el debate, y debe ir como lo que es, la teta de lo suyo.

Porque ésta... hará mucho. ¿Sabe usted?

El topavejero la miró con ojos entornados, queriendo abanicar con la mirada, mas la Bailaora, que iba en majita engañada, hizo con la boca un gracioso mohín y dió una reboteña que, seguidamente, hizo estremecer el alma del topavejero, que, con sus ademanes apocados y torréndose las manos, invitó a la pareja a pasar al *obscuro*, de donde al poco rato salía la joven ataviada *ad hoc* para una lucida presentación.

Y es lo que él de ella, gesticulando y accionando todo lo posible con las manos y con la boca.

— ¿Lo ves, peazo de cirio, lo ves? Diecisiete reales y vas a ir hecha una princesa, que si la Puera Imperio, la Raquel Mellor ni la misma Genolina, podrán ponerse a tu vera.

— ¿Lo ves, peazo de cirio, lo ves? Diecisiete reales y vas a ir hecha una princesa, que si la Puera Imperio, la Raquel Mellor ni la misma Genolina, podrán ponerse a tu vera.

— ¿Lo ves, peazo de cirio, lo ves? Diecisiete reales y vas a ir hecha una princesa, que si la Puera Imperio, la Raquel Mellor ni la misma Genolina, podrán ponerse a tu vera.

Dejo de aquí, significando empinar el coño — has de darme palabra de la más *pavea* avizorosa. En la gloria no se puede entrar con papalinas.

La Bailaora lo oía todo como quien oye llover; tenía poca fe en cuanto le prometía el Abuelo.

XIV

Los primeros pasos en buen camino

Desde el famoso y elegante parque de la ciudad en que el diputado señor Platón se había hecho cargo del niño Alberto, hasta la llegada a la casa del inquilino paterco, hubo entre ambos una interesante conversación, de la cual el diputado sacó el convencimiento de que se las había con un muchacho inteligente.



Llegados a la casa, el diputado hizo la presentación del niño a su digna esposa, exponiéndole su proyecto de protección.

La señora de Platón acogió al niño y aplaudió la hermosa y filantrópica idea del marido.

— ¡Oh! ¿quieres ser hombre de provecho, no es verdad?

Y a la respuesta afirmativa de Alberto, continuó el popular diputado:

Pues yo te ofrezco esta casa y mi ayuda: toda mi protección. ¿Aceptas?

Y con expresión de alegría interna, Alberto respondió que sí, añadiendo algunas infantiles frases reveladoras de sincera gratitud.

A ciertas preguntas del matrimonio protector, hizo el niño las siguientes manifestaciones:

— Yo no he conocido a mi madre. Sé que una pobre tía hizo sus veces...

Me hepaus pensar que he de dejarla sola. Creo que si la abandono...

No, no, ella no querrá...

Yo no podré dejarla. Tu quiero con toda mi alma.

Tan sentidas y sinceras manifestaciones conmovieron al matrimonio y sintieron mayores deseos de protección.

— El gran Pérez Galdós — dijo el señor Platón dirigiéndose a su señora — nos presenta en su novela *Elacrócoro* un Antonio que se regenera.

Y dirigiéndose al niño:

— Yo veo que tienes corazón y sentimientos, y quiero, con tu propia ayuda, que seas un hombre de provecho. Ve por esa tía, y, de acuerdo con ella, procura que seas lo que nos proponemos: útil para ti, para esa tía y para la comunidad.

Trabaja... estudia... lo que quieras, pero haz de buen uso de las facultades de que estás adornado.

Y entregando al niño unas monedas, le autorizaron para marchar a consultar a su madre adoptiva lo ocurrido.

NV

La transformación

La gaita concebida con el espíritu de la Bailarina, la famosa bailarina de la puerta de las Insuas, la degenerada alcohólica licéptica que tanto que hacer lleva desde a todos los municipios de la capital, ha sufrido una metamorfosis.

El Abuelo, cuyo corazón es un mundo de bondad, no quería vivir arrastrando la vergüenza que tantas veces le había hecho pasar aquella coxia.

Y venía ya mucho tiempo trabajando la colocación de la Bailarina, según se le indicaba antes.

Ya estaba en posesión de una tarjeta; el día en que se hizo posible la presentación había llegado, aunque con algún retraso, motivado por no tener reunidos los reales necesarios para los equipos correspondientes a una presentación decorosa. Una cosa es lustrar pares y otra presentarse a un gran

señor, nada menos que representante, director, organizador, contratista o instructor de empresas corresponsables.

Atenciones reales invertidas en ropas de status sexes, decía él, no son cualquier cosa.

Y sabremos lo que searon por el importante capital de referencias, y que pudimos apreciar mejor en el acto de la presentación, cuando de la cual viaz los dos amigos, mientras en casa del diputado señor Platón, entre el matrimonio, la Melindres y Alberto, se concierta un plan de vida que seguramente ha de dar por resultado, contando con una acertada dirección, la regeneración del niño abandonado: Alberto, «El hijo del asyo».

XVI

JORNADA PRIMERA — Segunda Parte

Pertenece a la categoría de los lugares comunes en ciencia y literatura el que dos primeros institutos de la humana educación son fundamentales, y que sobre ellos descansa generalmente el porvenir de los individuos.

Pero así y todo, ni el legislador, ni el moralista pueden desconocer el enunciado la razón de su virtualidad, ni los consocios de su resta comprensión.

Así se han modificado las razas, las clases, las sociedades, las familias, los individuos.

Y así también, cuando se carece de elemento educador o de ambiente educativo, lo inmediato es la atrofia de las facultades inherentes la vida.

In perdes, la corrupción. Y cuando al abandono se le asienta en el hogar o en el lodazal se que, difícilmente se sale adelante, si no se muere en el fango de todas las miserias y de todas las calamidades.

Nuestros personajes todos, cual más, cual menos, son, por desgracia, como microorganismos del tiempo social; contaminados con todas las gérmenes patógenos, es difícil su purificación; mas la educación hace milagros, y quién sabe si vendrá la milagrosa regeneración de algunos de ellos.



Han comenzado el canto y, aunque para algunos no el más limpio de pelillos, debemos seguirlos hasta el final por sí de su actuación en el mundo invadimos algo que aprender.

XVII

El teatro por dentro

Y nos encontramos en un teatro en el que presentamos un ensayo de bailes exóticos. Libadas jóvenes hacen sus coreografías y glisc más o menos melódicos a la voz de mando de un caballero, cuyos palabras no conmueven, desde luego, con la delicada suavidad de la mujer. Palabras breves, imperativas, inclivas, ofensivas al pudor y a la sensibilidad de la mujer joven.

Y vuelta a comenzar.

Y el maestro, hombre de aspecto rufoso y arrojado por la fuerza del tiempo, aprovecha toda ocasión para rozar cualquier cosa de las flores del vistoso plantel.

Algunas de ellas, ruborosas, nerviosas, no disimulan su contrariedad. En el principio del espectáculo, por lo menos de la frescura, para lo que, por desgracia, hubiera servido el oficio como medio de vida.

En uno de esos momentos aparece una pareja.

La mujer es joven. De sus ojos de fuego saltan chispas, de su cara morena que se desprenden dos masas, que de tal color se torna blanca níctar. Es quizás la primera vez que ha sentido miedo.

Toco a poco y viéndolo que los ojos del viejo, como los de algún desplumado, se clavan en toda su persona, vuelve el color a sus mejillas, entrojoco, quizás le queda aún un resto de rabon, y dice:

Abuelo, vámonos.

— Espera, mujer — dice el Abuelo —, lían de probarte.

— Vámonos! — insiste.

Digo que hay que esperar.

Y así antirritase el Abuelo al que en el bar es su parroquiano: dice:

— Vengo a presentar a usted una verdadera estirpe.

Supongo que se la probará.

Y ustedes venían con la circunstancia de que yo garantizo el éxito.

El director quedó pensativo.

La pausa dió lugar a que el Abuelo, con cierta peculiaridad, fuera dejando ver sus botas de charclo mate y calzas de paño tórtola, su pantalón a listas negras y oro viejo, en uno de cuyos bolsillos guardaba la diestra mano. Su chaleco de fieltro color labaco y trenza negra, pedicor encamionada, corbata roja, cuello de pajaritas y sombrero largo casi labrado sobre la oreja derecha.

Haría querer decir: ¿qué está el beloncero para el que quiera algo de fle.

Pasado el momento de aberración del viejo maestro, mandó retirar a las amuchadas, que se refugiaron entre las niñas del escenario, con lo que dió

lugar al Abuelo para indicar a la Bailhora que se moviese e hiciese algo para lucir el desecote, la cintura y los bajos.

— Te formas no está mal — dijo el viejo con picaresca sonrisa — la cara... — cogiéndole la barba entre el pulgar y el índice, y dando a lucir, con los tres dedos restantes en tensión, los anillos que le adornaban — la cara... ¡oh! dice algo.

Y pasó la mano por delante de los ojos de la Bailhora, restregándole los brillantes en las mismas pupilas.

— Vengan unas figuras de tu arte, buena moza.

De un piano sonaron las primeras notas de una danza andaluza.

Basta, señor don Fernando Brucos, si usted no quiere que haya bronca, dejese de rufianes y que se marque lo que a ella se le ocurre. Y usted verá piperina de la pura.

Y el Abuelo se mostró un poquito escarado de la picaresca manera de mirar del Sr. Brucos.

Señores — dijo el señor Brucos —, yo debo formularme concepto de lo que admito en mí espectáculo.

— Pero si éste no s'opone — dijo la Bailhora —. Lo que quiere decir es que hasta la presente con que usted me toque las palmas y éste se toque unos polillos está la zambra arañá y pa muestra...

— Pero que en seguida vamos a ver la verdad — dijo el Abuelo.

— Anda té ahí piropollo de la casa, que si abundas con los platales, se va armar la gran pavarral.

Y la Bailhora salió por Puercos y acabó por Garrotín.

— Supongo — dijo el Abuelo — que ha levantao usted asta de lo que ha visto. Que esos brazos son las mismas alas de los angelitos, sus pies hacen eucaje y su cuerpo se mueve como el de una boa inyecta por lo fino.

— Conformes, y adelantada. Busyarás lo necesario y... a vivir.

— ¡Y... de parrones!

— ¡Cómo!

— De piastras.

— De eso no reñiremos.

Chocaron las manos y se despidieron convirtiendo la hora de la primera entrevista.



Ya en la culla, decía el Abuelo:

— Buena prendes, ya estás encaminá; ahora, si no descorras, vas derecho a la gloria.

— Te digo que roncas, chico; palabras.

— Es que la decencia.

— Taladra; yo te juro por mi honor que sabré dejarte como debo hacerlo una señora.

El Abuelo no podía hablar de emoción. Creía de buena fe que aquella mujer sabía aprovechar la gran suerte que él le había proporcionado. Así iban los dos sin hablar palabra, ensimismados, quizás haciendo cálculos, y en ellos embobados, tanto, que no notaron que con ellos se cruzó la Chata, que vagaba errante y sin amparo por las calles. Deprimido su espíritu, sin posible orientación, sin un miserable albergue donde cobijarse.

Y... lo inevitable. Tu catástrofe, la vorágine en sus más tristes manifestaciones humanas.

Las paradas del Barón se avisaron al pasar por frente uno de tantos calabozos como cotocha.

Al llegar a la puerta topó con tres o cuatro señoras que habían pasado allí el día poriendo en saes de Valdepeñas la merienda que la noche anterior habían pasado en un mar de charapagne. Al verla se propusieron y trataron de derribarla en el suelo. La Chata se defendió, gritó; gritaron ellos, y la policía, atraída por el escándalo y el alboroto, sujetó, no sin grandes esfuerzos, a la pobre mujer y la condujeron a la cárcel.

De la detención de la Chata se enteró el Abuelo por una rara casualidad, y sin reparo alguno se lo notificó al Malasangre.

¿Qué tiene de particular para él?

El Malasangre se gaza el el sufrimiento de la Chata, y para mayor tormento se llega a la cárcel y la hace salir al corredor.

— ¡Lo ves! — dice —. Tres mil, será inútil cuanto hagas por huir de mí. No encontrarás otra abierta a tus lamentos. A donde vayas me serás devuelta.

Vuelve, vuelve a mi lado y sé buena y no te olvides, Chata.

Y, Herondo, decía la pobre mártir:

¿Con qué derecho te insultas señor y tirano mío?

¿Señ, libre como el águila?

¿Por qué pretendes someterme? ¿Qué derecho tienes sobre mí, di?

— El derecho de mi brazo, que humillará tu soberbia, princesa. Es el único derecho positivo y de prácticos resultados para ti.

Con que, no seas torca, ... atiéndeme, que te interesa.

Me abundaraste, y te encuestras en la ratonera. Hazme caso y mi te irá mal.

Y se veía la rabia y el despecho que brotaba de sus ojos. Y sin temor ni respeto al lugar, metió la gaza por entre los hierros del locutorio como si quisiera darle un zurro, e insistió repetidas veces, porque ella también, al ver cerca de sí una mano, quiso atacarla como una hiena.

Un debut afortunado

La Bailarina hace su debut con el nombre de «Rose Saignantes. La expectación era general; la noche era deliciosa; la sala esta como las noches de grandes acontecimientos.

Al aparecer en el palco escénico cae sobre ella una lluvia de flores y palomas y es su primer número el entusiasmo es delirante.

La figura de la Bailarina ha lucido toda su gracia, su belleza; toda la voluptuosidad de un arte exquisito, fino, elegante y original.

Y el público la aclama entusiasmado, trémulo.

Por su castidad desfila lo más selecto de la buena sociedad; se hacen los más ríspidos saludos, y las copas de flores y las felicitaciones, y los aplausos de manos se cuentan por minutos elevados.

A tanto gloria, escrito

tan acortado, corresponde lo que por hábito es imprescindible para la Bailarina y el desastroso vicio del alcohol, adentrado ya en la infancia, se agudera de la victoriosa aquella misma noche de una manera horrible.

Y el triunfo acaba en guerra tempestuosa, en torbellino descomunal, catastrófico.

Una circunstancia nos obliga a apartar nuestra vista de aquel mundo en que se mueven dioses, calderas graves en ocasiones, hombres al parecer sencillos algunos días, *good boys*, en una palabra, se revuelven entre las flores y las saignantes bajo un torrente de golosinas y vinos espumosos.

La circunstancia a que nos referimos es el haber colubrado un lugar feliz, Alberto, «El hijo del arroyo» le aconsejó con asombrosa rapidez aprobar los estudios necesarios para comenzar la carrera de abogado, en la que avanzó triunfante.

En modesta habitación, en que unas sillas y un aparador con varios cuadros y platos, que constituyen el adorno de las paredes, una mesa de comedor sobre la que hay una débil lámpara y una lota de libros,



Alberto estudia afanoso.

Una mujer de aspecto enfermizo le acompaña, y de vez en cuando le dice:

— Alberto, hijo mío, no te fatigues, no sea yo la culpable de algo inesperado. Tus esfuerzos me espantan.

A ti, madre mía, te lo debo todo. Déjame volar por tí, atóndete como merced en mi igual cariño. ¡Te quiero tanto... tanto!

Madre mía, todo sacrificio lo encuentro insignificante,

Así habla Alberto a aquella pobre mujer que le sirvió de madre cuidadosa, amorosísima.

La buena Meléndez había sido su sostén; a ella le debía materiales cuidados, noches de insomnio, dolores melancólicos y hasta prudentes consejos. Ella, trabajando sin descanso, restándole a su cuerpo elementos de vida, le había sujetado a su lado, librándole de la compañía de sus iguales.

No tuvieron tanta suerte el Pijo y el Rana.

Va casi, y sin casi, hombres, según el rumbo que el abandono les marcara. Unos días por hombre y por calor otros, concurrían a la casa del ladino barahilero, cuyos negocios más limpios consistían en la inducción para los hurtos que llevaba a los desgraciados, estimándolos con miserables mentiras.

La desgracia le estimaba un pingajo despreciable, pero de ella sacaba siempre partido.

— Mucho viento — dice al Rana y al Pijo en oferta ccesión —; si os avisáis unas migajas, el negocio es redondo. Si sois torpes, me comprometeréis... ¡Ay, entendedos de vuestra piel infame!

Y los lanza al primer, a cooperar a un ceso, en el cual, sorprendidos, ingresan en la cárcel, sellando así sus juveniles frentes con el estigma que les apartará siempre de los hombres honrados.

En la misma noche en que en el *café del gran depósito* se celebra una escandalosa orgía en la que tomaba parte muy activa la Bullaca y otros compañeros con unos cuantos caballeros de más o menos prestigio ético.

Ellos cultivaron la metida del abuso, ellas pisotearon todos los respetos de sus desdichados cuerpos. Bebieron como las más desahogadas bacanales y sirvieron de burla a aquellos hombres que así se divierten, sin metoscabo, a su juicio, de la caballerosidad y de la decencia, ignorando que no es tan fácil lavar el alma de las bajezas que comete como la nieve pelicla de las salpicaduras de la borrachera.

La Bullaca, desgreñada, los ojos fuera de sus órbitas, sus ropas desordenadas, sus miembros flácidos, su cabeza vacilante, del brazo de un elegante, levantando una copa de champagne, cruzaba la amplia sala.

Al verla rozaban se oír descomulgadas voces semejantes a éstas: «¡Flejadilla sala! ¡Está ya loca, no sabe lo que hace!...» «Nos hará pasar un buen rato. Eche entusiasmo!»

Y así la humanidad pudiente justicia de colorido oscurecida ante de sus más osombrosos cuadros.

Pero el alcoholismo no abandona a su presa, antes la encadena para conducirla hasta el crimen, hasta la muerte; y, con factor incompensable, el vicio alimentado en el lodazal del arroyo, destruye en un momento la grandeza del arte y los esplendores de la gracia y la belleza.

Se la cortado la horripilante escena unos momentos.

Entre los concurrentes a la orgía hay varios amigos que van a hacer una presentación, para lo cual se refiran a una sala, abanicando a dos mujeres, que permanecen con las botellas y las copas en las manos.

Heriberto, el hijo del potentado mirado por la fortuna, uno de los elementos de la boconal, va a ser presentado a los redactores de un periódico de que su padre, el banquero, es primer accionista.

Uno de los periodistas pregunta al novel compañero:

— ¿Sabe usted de un tal Alberto, promotor del diputado Platón, que estudió en la Universidad, a lo que parece, el mismo curso de usted?

— Quisiera no equivocarme; debe ser uno que yo conozco.

— ¿Es notable?

— Alberto de Saro.

Tales de su vida me sabe algún misterio que nos daría mucho juego para una campaña contra ese *gran vilano*, cuya fama se puede comparar sencillamente a las nubes de verano.

En este momento llega la compañía de la Bullaca, jadeante, descomulgada.

No puede explicar lo que le pasa a otros. Se ha caído al suelo, se ha levantado; ha cogido una y otra botella y bebido ansiosamente.

Los caballeros corren al feroz, y quedan aterrados ante el repugnante espectáculo que da una mujer, presa de horrible borrachera, y que en el *delirio* *triste* de las últimas convulsiones para acabar una vida que comenzó tormentosa y acabó trágicamente.

Y una gran indiferencia abandonaron la sala. Quizás hicieron aún algún chiste.

JORNADA SEGUNDA — Tercera Parte

Aquellos que en el viaje de la vida van por campos cubiertos de flores, signera éste sea efecto de la semilla de la loca fortuna, difícilmente alcanzan a comprender los agudos dolores de los que marchan sobre las guizantes espigas y los duros abrojos de que se halla cubierta para ellos la estrecha senda de una vida de desgracias y de miseria.

Passaron unos años, y encontramos que Alberto ha terminado su carrera con gran hastío y conseguida señalados triunfos, en premio de los cuales su bienhechor le agasaja y recompensa.

Como complemento de todas las atenciones, ha dispuesto una comida espléndida. A la mesa, con el marqués de Florán y el apuesto, se sientan elegantes damas, bellísimas señoritas, que envían al aventajado joven sus miradas como dardos amorosos y sus dulces palabras como sinceras expresiones de simpatía. Los caballeros le dispensan señaladas y respetuosas atenciones, y se justifica bien

totalmente el pensamiento del sabio académico de que no es grande el que vive en casa de oro, sino el que se hace digno de ella.

A los ofrecimientos del haquetote hechos por los señores de la casa y a las bromas de los comensales, responde así Alberto:

— Bien, señores. Hoy se ha escrito en mi corazón y en mi alma una nueva página de gratitud

de mi profundo reconocimiento y al levantar mi copa brindo por más bienhechores, abastido mi pensamiento al del poeta:

Más viva en trible danza
quien el bien haciendo vive,
lo sabe quien lo recibe
y Dios que lo recompensa.

Y de sus ojos se deslizó una lágrima; sus labios se contorcieron por efecto de la emoción que invadía su ánimo, y acaba así:

Mi pobre madre está grave y habéis de permitirme que no prolongue más tiempo mi ausencia. Permittedme que me retire y corra a su lado. Pudiera necesitaros.

Abrazaron todos al esbeltado joven y, despidiéndose de tan amable reunión, salió con dirección a su modesto hogar.

XX

¡El crimen de la calle de la Victoria!

Así gritaban los vendedores de periódicos mientras Alberto caminaba hacia su casa. Uno de los que vocaban le ofreció un periódico, que se apresuró a abrir, leyendo, con sorpresa, en grandes versalitas: «El crimen de la calle de



la Victoria. — El hecho. — Los actores. — Las causas. — Detención de la culpable.»

Asimismo resonó en dos grabados a la Chata y al Malvaungre.

Un volcán silbó en su cerebro y un escudriño recorrió todo su cuerpo, haciendo flaquear sus piernas, que funcionaban involuntariamente.

Y leyó esta una de las más concurridas calles de esta hermosa y culta ciudad se ha desarrollado uno de esos dramas cuya causa fundamental ha sido la torpeza con que se ven los más desenfrenados elementos de todo mal social: la vagancia, la goltería, el vicio, el desenfreno.

No terminó la lectura hasta llegar a su casa, donde, no obstante su gran disimulo, bien pronto su madre notó algo anormal en el bondadoso abogado.

Y a los requerimientos de la Melindres, reanunció y continuó la lectura de la crónica del crimen.

— ¡Estaba escrito, hijo querido!...

¡La víctima se ha torcido en verja!...

¡La fatalidad, que jamás abandona su presa, más segura cuanto más desgraciados los seres en quienes se aposenta, ha cumplido sus fines!

Los detalles del crimen produjeron tan hondos y serenos efectos en el ánimo de la pobre enferma, que bien claro

vió Alberto que la tesis avanzaba horriblemente en el cigarrismo de la pobre Melindres, su adorada madre adoptiva.

Como si Alberto quisiera consolada y con ella reanimar su espíritu abatido, interrumpe diciendo:

— Madrecita mía, quizás éste es un caso de gran hecho tanto profesional...

Un deber de mi carrera y más naturales ansias de gloria me dictan la conveniencia de que me encargue de su defensa ante los tribunales de justicia...

Además... sé que tú la quieres.

Y acto seguido se arregla su indumentaria, se perfila su corbata, recoge su sombrero y sus guantes y sale camino de la cárcel.

Presentada su tarjeta, bien pronto se le franquearon las puertas y llega a la celda.

La escucha entre la criminal y el abogado que se ofrece noblemente a defenderla, tiene todos los caracteres de lo patético. La Chata reconoce a Alberto,



y con doble mayor motivo le abre las puertas de su corazón para explicarle todos los antecedentes del drama.

XXI

Declaraciones sinceras

Humilde propuesto — principia la Chata — vivir honradamente, trabajar, hacer algo útil, bien lo saben algunas personas que me conocen.

Mendigaba de puerta en puerta trabajo, sin conseguir ser recibida en parte alguna: antes bien, se me insultaba y se me ultrajaba de palabra y de obra.



Un día sentía muchos hambres: estaba decidida a morir en medio de la calle de inanición antes que solicitar a mi verdugo, al a otro hombre alguno que no fuera capaz de conducirme por el camino que yo sentía necesidad de marchar.

Avenida por el hambre llamé a una puerta, y de ella salieron unos señores, botaceros, que me molestaron por sus licenciosas maneras y llegaron a maltratarme con las manos y con los pies, derribándome en tierra. Quise revolverme contra ellos: llegaron los policías, me detuvieron y me llevaron a la cárcel, en donde fué a verme el Malasangre.

En la entrevista, que acepté por temor a mayores escándalos, no sólo no tuve para mí una frase de consuelo, sino que me mortificó, me ultrajó, quiso maltratarme del modo que pudiera.

Mi prisión duró pocos días: anulaba mi salida y logré escaparme casi en la misma puerta de salida, volviendo así a mi lamentable domicilio.

Idoando siempre de acuerdo con la maldad, el desdichado, con otro de sus secuaces, hablé instalado un gabinete de confesión....

Hacuse detallaron las criminales hazañas y las increíbles infamias que en aquel antro infernal se cometaban y se llevaban a cabo, para todo lo cual, y con duras palabras y nervos fríos, se me obligaba a hacer los más repugnantes papeles de manifiesta complicidad.

La policía dió el fin, con aquella guardia....

Humos a una elegante playa en donde se solazaba la aristocracia de la sangre y del dinero.

No es tan difícil como parece, meter a una inexplicable confianza y natural sencillez, propia de las clases acomodadas, el pasar entre gentes distinguidas por una persona semejante, si se lleva ropa y cierta entonación en el porte.

Y así nos codeábamos, pasando en el balneario por los señores de X.

Una tarde, ventados en la terraza del hotel y mientras aparentábamos entretenernos con el baile, me dije:

«Aquí es Heriberto López, su fortuna es inmensa, su dignidad le hace aséptico a un golpe de lava.

«A esto hemos venido: tú serás el medio, y aspirarás que tu familia como debes y como sabes.

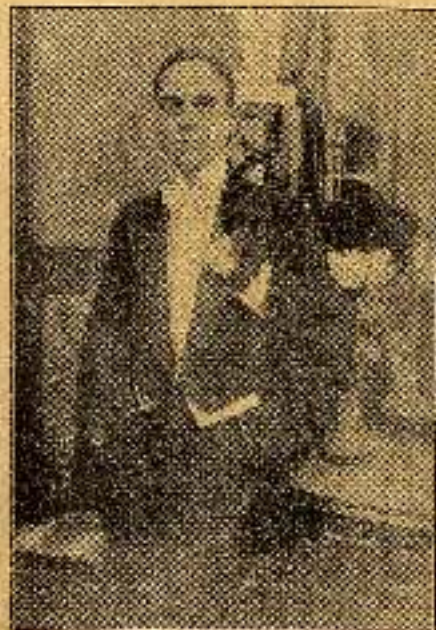
Senti, de momento, un terror tan grande como el que tenía a mi primo. Comprendí lo que se proyectaba, significó mi destino y mi repulsión al crimen y me amenazó furioso: me llevó a nuestra habitación y me maltrató con la más espantosa crueldad, sin compasión alguna. Presa de terror me doblegué a representar contra todo el torrente de mi voluntad, el papel que en la casa se me había ostentadamente designado.

Heriberto, mutatis mutandis, por el mismo, lo seguro, cayó en el lazo.

Preparado todo, un caso de conversación, alguna tolerancia vendida como finca, todo con el estimulante de mi apocante rubor, mi temor y una estudianta resistencia resuelta en lo sagrado de mis deberes de esposa amada y amante, se encendió mi pasión hasta el límite de la imbecilidad; me hizo proposiciones de dinero, de chalets de alhajas, de... raptos, y, convenida la hora, se verificó todo con arreglo a un programa dispuesto por el ilustre señorito.

El año, la carrera leuada, la desaparición y... ganada la partida.

Y me instaló solitariamente en el chalet en que ha tenido desarrollo el Lecho; y Heriberto comenzó a volverse loco de entusiasmo; sus atenciones, sus finezas no hubieran sido mayores ni más delicadas con la mujer propia, ¡así son los necios!



Pero ya, encanada de aquella exquisita de trato, comencé a sentir en todo lo fondo de mi pecho algo así como sincero cariño, firmes simpatías, quizás lo que se llama amor entre las gentes leales. Pero, en resumen, fue lo que yo logré a sentir por Herberto en el fondo de mi corazón y de mi alma.

Cránelo, un sentimiento sincero noble, muy firme.

Te consideraba mío. Yo, sola de él. Me vida, saya.

Me consideraba tenaz en una prisión, cuya palabra era una orden y cuyos deseos se convertían en mandatos.

Mi casa era un palacio, el mi castro. Un castro rico, poderoso, cuyos capiteos se concentraban en mi desdichada personalidad; en esta gólfu que jamás creyera que tendría méritos para ser amada y favorecida.

Me consideraba feliz y ya para siempre redimida de la brutal e infame

finura de mi orate verdugo...

Cuando un día, el que estimaba más tranquilo de mi vida y en el que más satisfecha me encontraba, el criminal asalto de súbito mi tranquilo vida de serenas auras.

Había sido aquel instante el árbitro de mis destinos, mi horrible pesadilla, el pertinaz instrumento de tortura de mi espíritu y de mi cuerpo...



Me habló cosas que magacaban contra mis sentimientos; compenó la magnitud de sus perversas e infernales intenciones; me hizo instantáneamente cargo de sus criminales disposiciones; pues conocía sus feroces instintos y funestos propósitos para con el hombre de mis querres, y... confortada, amirada por el sentimiento del amor y amparada de su invencible poder... ¡Quizás iba a revivir en mi reprochable pasada vida de infamia y tormentos... Tal vez truncaba los delicias de un reciente felicidad...

Y... como florada, fuera de mi centro, inconsciente, quizás en el límite de la desesperación..., ante sus brutales amenazas y acortelmas..., me lancé sobre él y con su cuerpo a puñaladas...

Y al llegar a este punto de su relato la Chata cayó en un estado de terrible nerviosidad.

El joven abogado no podía contener, ni menos disminuir su emoción; entre otras razones, por la poderosísima que el fiel y sentido relato le daba para una brillante defensa.

Por fin rompió en copioso llanto. Alberto la prodigó palabras de consuelo que testimoniaron su espíritu.

¡Pobre! — le dijo — ¡Siempre fuiste víctima propiciatoria de los vadales desordenados en la vida!

Pero me encuentro capacitado para la defensa de tu causa, y de ahí que, noblemente, valerosamente, me ponga a tu disposición, esperando que el sol de la justicia respaldarme en toda su magnitud y su grandeza.

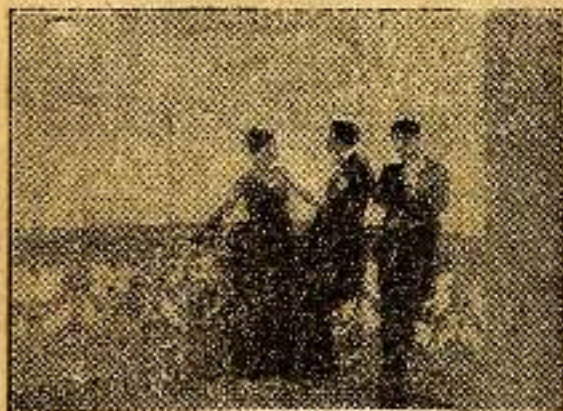
Pasado algún tiempo, el proceso estaba concluido para la vista pública.

Herberto, vestido con a minutos horas, hablase libado hasta de aparecer como dueño de la casa teatro del orate. Ni se requirió si quiere su testimonio...

Un hombre de su talla no podía tener que ver al lo más mínimo en los hechos.

La justicia, quizás, no puede vencer semejante cosa.

Después de todo, en la ocurrencia del delito era realmente irresponsable, como lo era el portero del chalet vecino, a quien no se sabe por qué se le molestó básicamente, como a otra muchacha gema, durante la consumación del proceso.



XXII

Flores y capinas

Un periódico local publicaba un día un suelto tendencioso. Su origen era manifiesto.

Peto había que añadir algo a los comentarios y a la molestancia de los que creen en la imparcial de la justicia, y para eso servía el periódico de un rico banquero, padre de Herberto, quien, entre amigos, en un círculo aristocrático, decía tranquilamente:

No sabía cuánto me hubiera apenado y de qué modo lamentaría el que mi nombre hubiera sido envuelto en un tan envioso asunto como el del crimen de la Chata... Porque...

Con semejante artículo de infamación que publicará mañana, nuestro periódico:

«LOS HIJOS DEL ANIMO.» Ante la Sala Primera de esta Audiencia de lo criminal se verá en brece la causa del famoso crimen de la Chata.

Acabo de oír con satisfacción humana la justicia que merece la labor. El hecho es manifiesto, está declarado en los extraordinarios de la prensa que han inundado la ciudad. En la pulcra hay un juego que no siempre es noble, ni claro en ocasiones. El Congreso no tardará a dar la revisión.

— ¡En la actualidad...

— ¡Y si no la actual...

Alberto quiso hablar, pero se adelantó su protector:

El Gobierno, y con él la mayoría, se inclinaron — no quiero, no puedo asegurarlo — en favor del criterio de los tribunales de hecho y el de derecho. Ha de hacer otra la petición final, que ha pedido con arreglo a la ley.

Parlamentariamente estos señores que han de estar convencidos de la fuerza de esa ley y, por tanto, de la sentencia. Es más, estoy segurísimo que reconocerá la grandeza, la luminosidad de tu defensa, si quieres, hasta la razón. Pero... volver, haciendo curules políticas la revisión...

— Si en conciencia reconocen la justicia que me asiste...

— Las públicas puestas, tener conciencia, la política... es otra cosa.

Dejamos las cosas como están. El tribunal es fijo, no cambia; la divisa los que le han dado, lo dice la prensa, lo dice el pueblo — cuya voz es voz de Dios. ¿Para qué quieres más?

— No es el éxito personal el que persigo, es el triunfo de la justicia.

— Te he reconocido siempre un grado de nobleza que me encanta. Poco me importa hoy tener de tu parte la opinión libre, espontánea...

Si se somete al Congreso la cuestión y vos derrotar, tendréis siempre un artículo de carácter oficial que publicamente... discurriré. No, no, no... Así está bien.

Te has acreditado de hombre valeroso y de talento y te supuro un porvenir espléndido.

Vete a descansar, definitivamente antes estirar la mano.

Y con las manos unidas se retiraron sin afectarse a hablar; sueltas las manos, se abrazaron con grandísima efusión.

Se permanecieron hasta que apareció momentos después, la señora de Placida, a quien su marido hizo, lacónicamente, referencia de cuanto ocurría.

Estrechó la mano del matrimonio y, cubiéndose, Alberto se dispuso a salir.

— ¿Qué te preocupa, Alberto? — preguntó el diputado.

— Que no recuerdo la razón en la de no llevar al Congreso mi pretensión. Pero creo tener aún un recurso.

— ¿Cuál?

— El de...

— Dilo...

— El de... recurrir a... la magnanimidad del primer magistrado de la nación.

— ¡Del Rey?

— ¡Del Rey!



Allá tú.

— No, los das, los tres. Los tres libros, El matrimonio Placida y yo.

— Imposible.

— Si es lo debido todo, no me negaré, por miserables convencionalismos, la compañía que te demandó.

— Pero... olvídas mi significación política.

— Están convencidos de la razón que me asiste; los políticos suelen tener o pueden tener conciencia. Vos la tenéis, más tenéis, corazon, tenéis sentimientos... ¡Ayudadme!

Tuvo una pausa ocasionada por la emoción, vencida la cual, dijo:

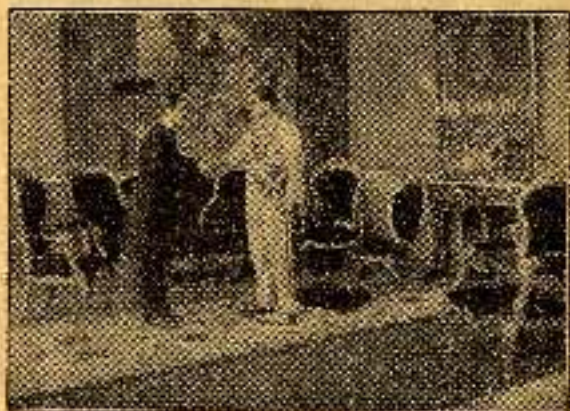
— ¡Venidme, verdad?

El matrimonio guardó silencio.

— Ahora mismo voy a solicitar audiencia, aunque lo más propio sería que la pidierais vos.

— ¡Hombre!... Mis convicciones políticas, mi partido, mi reputación, mi repugnancia a solicitar mercedes... mi fama popular.

— Todo eso palidece ante el brillo de la justicia y de la razón que espero conseguir, para arrancar una nueva víctima del terrible e indomable apedregamiento de la ruina. Vuestro partido, si lo conseguimos, nos aplaudirá.



— Pues bien, sea. Substituiremos la audiencia como deber que me impone la humanidad.

Y se pidió y fué concedida la audiencia.

A la hora precisa entraban los tres en la cámara regia, pasando por delante de los grandes del reino, gentileshombres y damas de guardia, que, respetuosos y cumplidos, naturalmente, hicieron paso a los señores redemptarios.

Ni un solo gesto, ni un solo comentario por parte de la gente palaciega. Tal esguile y la etiqueta y el respeto de la Corte.

Tres tres en presencia de S. M. Enrique III, los pedelotonarios, señores de Platón, fueron presentados por el gentilhombre de cámara; el señor Platón lo hizo, a su vez, de Alberto, como acatado joven abogado, cuya actuación era comentada muy favorablemente por la opinión.

Su Majestad asintió, significando que de ella tenía noticias, invitando a Alberto a exponer sus deseos, indudablemente objeto de la audiencia.

Y Alberto, por vía de la venia de Su Majestad, leyó con visible emoción, en tono claro y segura palabra, la siguiente expresión:

«Señor, niños éramos los dos un día en que yo, desatendido, por carencia de cultura y de moralidad, el silencio de mis actos, cometí una falta por la que os visteis en el caso de comparar con la bondad de vuestro corazón lo entonces infante de mi personalidad.

«Y fué aquel día para mí como el del primer sol que apareció en la tierra tan hermoso, tan espléndido, que iluminó a otro hombre, a quien, como a Vuestro Majestad, debo cuanto soy y cuanto valgo.

«Fue el día de mi redención.

«Y en el camino escabroso, pero feliz de mi vida, una mujer, inconsciente, abandonada de la sociedad de los hombres, para llegar, como consecuencia natural, a ser recogida por la ley, que en ella castiga lo que pudo ser previsto y evitado, me hizo el honor de aceptar mi defensa.

«La justicia de los hombres ha pronunciado terrible sentencia de muerte.

«Y, pues, que ante el tribunal han sido ineficaces mis razonamientos, aprendidos en una humilde labor de estudio y meditaciones, respecto de la niña abandonada, en vuestra ejemplar magnanimidad vengo a depositar la súplica de mi corazón, que garantizo con mi escaso, pero justo entendimiento.

«Aparezca ante vos,

Señor, en este día la luz de vuestra clemencia, y ella sea una nueva joya con que adornéis nuestro glorioso diadema.

«Adios, Majestad».

Y como el Rey deseaba conocer los antecedentes del hecho, Alberto los expuso con metódica precisión, así como justificó debidamente la irresponsabilidad de su patrocinada; primero, por deficiencia de cultura infantil;

segundo, por haber sido impulsada por el tutor; y tercero, por estimar que la responsabilidad no es absoluta en quien por razones de organización social deficiente heraba en su inteligencia y en su organismo la semilla de todos los males y vicios tolerados en las grandes ciudades, sin respeto a la niña abandonada, víctima de todos los detritus morbosos que emanan de la corrupción y de la ineducación. Cuando el abogado terminó, dijo el Rey:

— Habéis mencionado un hecho respecto del cual he pensado muchas veces: el de nuestra niña.

Hoy, tal colapso de conciencia es inmensa al conocer que el abogado cuya fama y relevantes méritos han llegado cerca del trazo, es aquel pobre niño que tan humildemente, siendo yo también niño, logré conocerme.

Hoy he escuchado con entera atención el razonamiento de vuestra defensa, y os prometo interponer mi influencia a fin de que vuestra patrocinada obtenga el perdón sin menoscabo de la justicia.

